

SUMARIO

ESTUDIOS

- **Educación la interioridad.**
Josep OTÓN 5
- **El crecimiento interior desde la perspectiva de la afectividad.**
Joan M^a BOVET BALLÚS 19
- **Accesos a la interioridad.**
Xavier MELLONI, SJ 33
- **Talleres de interioridad: una propuesta pastoral.**
Elena ANDRÉS – Jordi OSÚA – Josep OTÓN 43

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Desarrollo, participación y cooperación.**
Jorge CELA (de «Entreculturas») 59

LAS BIENAVENTURANZAS

- **1. Patricio, una rosa y la primera bienaventuranza.**
Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO 63

LOS LIBROS

- **Recensiones** 75

PRESENTACIÓN

El positivismo de los últimos siglos ha ido relegando progresivamente la espiritualidad al ámbito de una subjetividad estéril e incluso enfermiza. Sin embargo, desde finales del siglo xx, en Occidente se hace cada vez más patente la fuerte necesidad de lo que podríamos denominar «experiencia interior» o «conciencia de la propia interioridad». Los cursos de crecimiento personal, las terapias alternativas, las técnicas orientales de meditación y las nuevas formas de religiosidad constituyen algunas de las concreciones de este creciente interés por el mundo interior, la espiritualidad y la mística.

Los pensadores contemporáneos tampoco son ajenos a este cambio de tendencia, y los grandes autores místicos recuperan su actualidad y su pensamiento en el discurso filosófico, ético y estético emergente.

Las causas de este redescubrimiento del mundo interior son diversas y precisan de una reflexión más argumentada y profunda. Tres factores influyen en esta recuperación de la espiritualidad. *En primer lugar*, el interés por la interioridad como contrapeso al efecto deshumanizador de la tecnologización que estamos padeciendo y que puede derivar en una peligrosa concepción mecanicista del ser humano. *Por otra parte*, el fenómeno migratorio nos ha acercado a pueblos cuyo modo de pensar no ha renunciado a la presencia del Misterio en la vida cotidiana y en la formulación cultural (la convivencia multiétnica pone de manifiesto que la defensa del paradigma secularista de nuestra sociedad enmascara, en cierta medida, una actitud etnocéntrica poco respetuosa con otras cosmovisiones extraeuropeas). Y, *en tercer lugar*, el nuevo marco teórico que la psicología humanista y la educación emocional proporcionan para abordar el tema de la interioridad, superando las viejas reticencias existentes entre las ciencias humanas y la espiritualidad.

La interioridad es uno de los temas clave en la reformulación de la experiencia cristiana. Por esta razón, SAL TERRAE aporta su grano de arena en este número insistiendo en la necesaria recuperación de los tesoros escondidos de la propia tradición y de otras tradiciones de espiritualidad.

Josep Otón escribe un interesante artículo introductorio donde presenta el *interior humano* como una realidad que precisa ser explorada, interpretada y regulada si se quiere construir con solvencia la propia vida y las relaciones con los demás. El psicólogo *Joan M^a Bovet* reflexiona sobre cómo integrar adecuadamente los *dinamismos afectivos* en los procesos de acompañamiento espiritual. *Xavier. Melloni*, experto en espiritualidad ignaciana y en diálogo interreligioso, explora los métodos occidentales y orientales como *pedagogía hacia el misterio*, subrayando cómo la adecuada comprensión de sus diferencias y de su complementariedad es necesaria para discernir en cada momento la oportunidad o inoportunidad de uno u otro camino. Por último, *E. Andrés, J. Osúa y J. Otón* exponen su experiencia de trabajo con jóvenes en lo que ellos llaman *Talleres de interioridad*: una propuesta creativa que vienen aplicando desde hace tres años y que orienta hacia nuevas vías para trabajar con unas generaciones que buscan una espiritualidad más experiencial e inductiva.

* * *

El llorado y gran estudioso del Nuevo Testamento Raymond E. Brown escribió hace unos años que las ocho bienaventuranzas del evangelio de Mateo expresan de manera sucinta los valores que Jesús de Nazaret considera fundamentales y prioritarios para la instauración del Reino.

La tradicional serie de *Sal Terrae* se dedica este año a las bienaventuranzas. A partir de este número, la revista ofrece a sus lectores/as diez artículos en torno a las bienaventuranzas (las ocho bienaventuranzas de Mt 5,3-12, las otras bienaventuranzas de dicho evangelio y las bienaventuranzas y el Reino de Dios en San Pablo). Lo hace con el propósito de facilitarles propuestas y orientaciones concretas que hagan cercano, actual y accesible el sentido de cada uno de esos valores fundamentales propuestos por Jesús.

Educar la interioridad

Josep OTÓN*

1. Introducción

Una de las propuestas más frecuentes en cualquier proceso catequético es el ejercicio de descubrir a Dios en la magnificencia de la naturaleza. Con este propósito, resulta muy evocador contemplar un paisaje montañoso, una puesta de sol o el vuelo de un ave. Sin embargo, muchas veces se trata de una visión ingenua e idílica de la naturaleza. Recordemos que para los hombres y mujeres de las sociedades antiguas el entorno natural era un elemento hostil y peligroso, que despertaba temor y recelo. Esta desconfianza, plasmada, por ejemplo, en la imagen del bosque tenebroso de los cuentos infantiles, nacía tanto del desconocimiento como de la incapacidad del ser humano para controlar las posibilidades que la naturaleza brinda. En la actualidad, aunque persisten las catástrofes naturales, el desarrollo tecnológico ha permitido, en gran medida, domesticar el medio ambiente, y nuestra imagen del mismo ha variado significativamente.

Con el interior humano sucede algo parecido. A pesar de las apariencias, en nuestra cultura todavía prevalece una concepción negativa de la interioridad, y no resulta nada sencillo descubrir la presencia de Dios en el propio interior o en el de los demás. Causa temor adentrarse en las regiones desconocidas de la psique como si se tratara del bosque tenebroso al cual aludíamos. Seguramente nos frena la posibilidad de encontrar a un ser horrible cuya reclusión en las mazmorras más profundas del inconsciente garantiza la vida en sociedad.

* Profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Barcelona.

No obstante, esta imagen tan negativa es fruto precisamente de la falta de herramientas adecuadas para conocer, interpretar y regular los dinamismos profundos del psiquismo. El interior humano requiere ser explorado y trabajado para descubrir en él los destellos de la dimensión trascendente de la existencia. Sea a través de la interpretación de los sueños, de métodos de interiorización o de rituales diversos, todas las civilizaciones han desarrollado técnicas para cultivar la interioridad, una dimensión del ser humano que precisa ser atendida convenientemente.

Educación interior implica una doble acción: por un lado, posibilitar la emergencia de aquello que brota del interior y, por otro, canalizar este material psíquico para aprovechar su potencial sin distorsionar la vida consciente.

En determinados momentos del proceso de crecimiento personal, predominan los aspectos creativos, imprevistos, espontáneos, heurísticos e intuitivos. Entonces resultan útiles las técnicas que abren paso a los contenidos que emanan de lo profundo. Se trata de un trabajo más inductivo y constructivista, cuyo punto de partida es la experiencia particular, para luego, a partir de ella, formular la teoría general. Esta manera de actuar concuerda con la etimología del término «educar», que procede del verbo latino *educere*, que significa «sacar de dentro».

Después hay que canalizar todo el flujo interior a través de las vías convencionales que nos proporciona la cultura. Para ello tienen que predominar los aspectos más sistemáticos, regulares, algorítmicos y metódicos. Este modelo de intervención, en el que se aplica una teoría previa al devenir de los hechos, es deductivo y conductista. Precisamente, la segunda etimología atribuida al verbo educar es *educare*, cuyo significado es «conducir».

Por medio de esta doble acción, *educere-educare*, se construye el espacio interior que es moldeable. De igual manera que a través de la alimentación, el ejercicio físico, la medicina y la higiene intervenimos directamente en la construcción de nuestra corporalidad, también es posible entender el interior como una realidad inacabada que tenemos que ir construyendo con las herramientas que la cultura pone a nuestra disposición. Por tanto, es posible actuar sobre la interioridad y modificarla significativamente.

La libertad humana interviene de forma decisiva en el momento de articular la predisposición biológica, el entorno social y el proyecto particular. Existe un margen de maniobra gracias al cual cada

individuo puede hacer de su propia existencia una obra de arte. En este ejercicio de la libertad radica la grandeza –pero también el drama– de pertenecer a la especie humana.

2. El cultivo de la interioridad

Para describir los diferentes aspectos relacionados con el cultivo de la interioridad nos centraremos en tres dimensiones de la misma. En primer lugar, analizaremos algunos elementos clave del cultivo de la interioridad en el ámbito individual; posteriormente, plantearemos la repercusión de este trabajo interior en el ámbito de las relaciones interpersonales; y, finalmente, abordaremos su dimensión trascendente.

2.1. Nivel individual

2.1.1. *El diálogo con lo inconsciente*

Por debajo de los niveles habituales de conciencia se encuentran zonas de nuestro psiquismo que resultan tan enigmáticas como un gran continente por explorar. El poeta Antonio Machado, influido por las teorías de Sigmund Freud, las describe de la siguiente manera:

«En zonas del alma donde el candil de la ciencia no luce ya, o luce apenas, donde el poeta imagina el trajinar de colmena de un mundo creador, nosotros pensamos que está la negra mansión de los sueños malos o el antro donde se engendran. Deseos que no han podido cumplirse, turbias y feas visiones; un mundo inválido de fracasos y miserias. Toda una flora malsana, toda una fauna perversa, cuanto tachó el rojo lápiz de la moral, o la excelsa luz de los sagrados tópicos de la razón, se avergüenza, allí está, azorado, inquieto, emboscado entre la maleza»¹.

Nuestro interior es una realidad tan compleja que desborda nuestros esquemas mentales preconcebidos. Nuestra gran tentación es simplificar esta complejidad e ignorar la diversidad de corrientes

1. A. MACHADO, *Las Adelfas*, Acto I, esc. II.

subterráneas que recorren nuestras profundidades psíquicas. Si marginamos los impulsos inconscientes, éstos afloran en los sueños, en situaciones de descontrol, o irrumpen ocasionalmente en un ataque de ira, de angustia, de entusiasmo o de tristeza. También pueden afectar a la vida consciente a través de traumas, complejos, bloqueos o inhibiciones. Incluso el organismo los puede somatizar, generando una dolencia física. Por todo ello, resulta imprescindible establecer vías de comunicación con nuestro interior para dialogar con él y conocer sus necesidades. Con esta intención, es necesario elaborar una semiótica que nos permita descifrar los mensajes que emergen desde lo profundo, para tenerlos en consideración.

Durante siglos, la religión ha aportado mitos, símbolos, ritos, ceremonias y técnicas de meditación para entablar el diálogo con este interior misterioso. Por medio de estos recursos, los dinamismos profundos pueden expresarse y, en ocasiones, asomarse al nivel consciente de forma más o menos controlada. Además, también es posible dirigir mensajes al interior, para calmarlo o canalizar su potencial. Algunos gestos rituales actúan como un drenaje catártico que sana el interior. Otros, evocando el ciclo de muerte y renacimiento, permiten despertar lo aún no consciente.

Históricamente, también el arte cumple esta misión. Durante siglos, arte y religión han ido unidos, porque ambos permiten sintonizar con esta dimensión profunda de nuestra realidad. El artista, como el pensador y como el contemplativo, intenta descubrir significantes que expresen los significados del interior. Para ello, como un vigía, espera atentamente localizar aquellos signos que emergen desde el inconsciente y que no son simples convencionalismos arbitrarios, sino que han sido gestados en las entrañas del ser.

En este sentido, el arte y la religión tienen una clara función hermenéutica, porque nos proporcionan las formas necesarias para traducir lo invisible. De este modo, facilitan la interpretación de los arcanos del alma y nos permiten dibujar los planos del dinámico castillo interior.

Hoy en día, ante la crisis de ciertas formas tradicionales de religiosidad, se están creando nuevos mitos, símbolos y ritos –o los de siempre, pero formulados en un nuevo vocabulario cultural– que atienden a la necesidad del ser humano de educar su interior. Aunque determinados lenguajes puedan quedar desfasados, sigue viva la necesidad de buscar formas a través de las cuales poder dialogar con el inconsciente.

2.1.2. Gestionar la negatividad

En la actualidad, el término judeocristiano «pecado» suscita enormes reticencias. En cierta medida, se ha convertido en una palabra tabú que conviene evitar para no despertar suspicacias. No obstante, aunque se niegue el significante, no por ello desaparece el significado, tal como demuestra la aparición de expresiones que intentan sustituir de forma eufemística este vocablo.

Para todo el mundo, creyente o no, resulta obvio que, por muy optimistas que seamos, no podemos negar la existencia en nuestro interior de corrientes de negatividad, denominadas con diversos términos según el universo semántico en el que nos situemos. El odio, la rabia, el resentimiento, la culpabilidad, el rencor, la envidia, la agresividad, los celos... son realidades cuya fuerza destructiva nadie pone en duda.

El interior alberga lo inaceptable, la amalgama de impulsos no integrados en el sistema psíquico. Estos residuos se ocultan de la conciencia en los pliegues del inconsciente y se convierten en focos infectados que contaminan los otros estratos de la personalidad y bloquean su crecimiento. Son parásitos psíquicos que irradian negatividad y destruyen lo que tienen a su alcance. Se trata del lado oscuro del ser humano, del enemigo interior.

Esta zona de marginación psíquica, denominada «sombra» por la psicología profunda es un campo minado que hace peligrar nuestra salud mental, puesto que es capaz de provocar efectos nocivos muy difíciles de solucionar, ya que su causa permanece oculta en lo profundo.

Se han escrito miles de obras sobre el origen y la naturaleza de esta misteriosa realidad tenebrosa. Aunque nos encontremos muy lejos de una solución ontológica definitiva, la evidencia diaria resulta dolorosa. Por este motivo, cada individuo en particular, y cada civilización en general, busca la manera de sanear las ciénagas interiores, cuya existencia pone en peligro su equilibrio emocional y, en consecuencia, las relaciones con el entorno.

El ser humano precisa ejercitar técnicas que le permitan deshacerse de los aspectos nocivos que alberga. En ocasiones, sólo necesita un simple aliviadero psicológico para librarse de los lastres psíquicos que entorpecen la vida diaria. Las diversas tradiciones espirituales han ido elaborando, a través de los siglos, una serie de prácticas rituales que, sin conseguir eliminar definitivamente este

lado oscuro de la realidad, sí han permitido la coexistencia pacífica con él.

Por otra parte, muchos de estos elementos negativos actúan como los escombros que obstruyen un conducto y bloquean la afluencia de capacidades, sentimientos, recuerdos y conocimientos positivos. Además, también es posible realizar un auténtico trabajo de reciclaje psíquico para extraer efectos benéficos de estos elementos supuestamente negativos. En definitiva, a través de este proceso de saneamiento interior se destensan nudos emocionales, se renuevan energías vitales y se descubren potencialidades que el individuo guarda dentro de sí.

2.1.3. El potencial creativo

El ser humano ha extraído de las entrañas del subsuelo la materia prima necesaria para construir la civilización humana sobre la superficie del planeta Tierra. Análogamente, podemos afirmar que cada sujeto extrae de su interior las fuerzas necesarias para construir su vida. Por tanto, el trabajo sobre la interioridad implica la exploración de las zonas desconocidas del psiquismo para descubrir en ellas los recursos que, convenientemente empleados, pueden resultar útiles.

En las biografías de los grandes artistas podemos encontrar momentos en los que de su interior emergía una idea nueva con una gran fuerza significativa. El instante en que brota este impulso creativo se conoce popularmente con el nombre de «inspiración». El artista, siempre en la vanguardia, está atento a los elementos pioneros que anticipan un posible futuro. Su misión consiste en detectar el rastro de los valores venideros y pronosticar la dirección de la historia. Gracias a su contribución, podemos retornar a las fuentes, descender a las raíces, regresar a los paraísos perdidos, para recoger allí los frutos del árbol de la vida, germen de toda evolución.

Algo parecido podríamos afirmar de la ciencia. A pesar del trabajo metódico y sistemático de sus representantes, muchos de ellos reconocen que algunas de sus aportaciones nacieron de intuiciones a las que posteriormente dedicaron su vida, para demostrar su veracidad y para formularlas en el lenguaje aceptado por la comunidad científica.

Filósofos, compositores, pintores, científicos, poetas y creativos en general son vigías que viven atentos a los flujos de sus abismos, esperando encontrar un germen de novedad. Cuando lo encuentran, lo expresan a través del lenguaje en el que se han formado, aunque no siempre son plenamente conscientes del alcance de su significado. La intensidad de su experiencia es capaz de generar nuevos movimientos religiosos, sistemas filosóficos, disciplinas científicas, corrientes literarias, terapias psicológicas y estilos artísticos. Son los creadores de nuevos paradigmas que contribuyen al progreso de la humanidad o, en términos religiosos, completan la creación.

Educación interior significa realizar este viaje interior y rastrear las profundidades del psiquismo en busca de ideas, capacidades y sentimientos que nos ayuden a construir un mundo mejor. A través de las técnicas adecuadas es posible hacer aflorar a la superficie este agua del manantial interior. La filosofía, la ciencia, el arte y la religión son plasmaciones culturales de este torrente de creatividad que fluye de las entrañas del ser humano y al que tiene acceso, en mayor o menor medida, todo individuo.

2.2. Las relaciones interpersonales

El gran criterio de discernimiento para evaluar el trabajo sobre el interior es su capacidad para mejorar de manera decisiva la relación con los demás. El motivo es bien simple: muchos de los conflictos entre los individuos suelen ser reflejo de problemas personales internos no resueltos de forma satisfactoria. Por tanto, un correcto trabajo sobre la propia interioridad tiene que repercutir directamente en las relaciones interpersonales.

No obstante, muchas de las técnicas de introspección, autococonocimiento y trabajo sobre uno mismo pueden derivar en un callejón sin salida, donde el «otro» se convierte en un elemento más que está en función del propio crecimiento personal. Hay que estar alerta, porque uno de los grandes peligros del cultivo de la interioridad lo constituye precisamente el ensimismamiento narcisista. Entrar en el centro de la persona implica, en realidad, descentrarse de uno mismo.

Para describir la dimensión interpersonal del cultivo de la interioridad nos centraremos en tres aspectos:

2.2.1. *Las proyecciones*

Muchos sentimientos (amor, odio, necesidad, rechazo, celos, envidia, fidelidad, resentimiento...) presentes en las relaciones diarias con la pareja, los hijos, la comunidad de referencia o los compañeros de trabajo son, en realidad, proyecciones de recuerdos de la etapa infantil. La mayoría de los conflictos interpersonales surgen porque, cuando intentamos relacionarnos con otra persona, nuestras proyecciones distorsionan la imagen que tenemos de ella. Entonces no reaccionamos libremente, sino que repetimos de forma automática esquemas de comportamiento generados en episodios de nuestro pasado.

En esta situación, tampoco sabemos quiénes somos nosotros realmente, porque nuestro autoconocimiento procede, en parte, de los datos que obtenemos al vernos reflejados en los demás. Este juego de proyecciones genera un laberinto de espejos en el que fácilmente nos perdemos. Toda esta confusión provoca un ambiente de cruel desconcierto, que llevó a Jean-Paul Sartre a sentenciar horrorizado: «*el infierno son los otros*».

Como las relaciones humanas suelen estar enturbiadas por las distorsiones generadas por las sombras del interior, es necesario iluminar los recovecos del psiquismo e identificar las proyecciones que dificultan las relaciones interpersonales. Una de las grandes tareas del recorrido interior es sanear los entresijos de la psique para convertirla en un cristal más nítido. Sólo entonces será posible contemplar el mundo, a los demás y a nosotros mismos más allá de toda máscara y de todo espejismo. Esta percepción más madura de la realidad es el paso necesario para transformarla adecuadamente.

2.2.2. *La dimensión ética*

Todo compromiso ético presupone la complicidad de la propia interioridad. El interior, como hemos visto, es una fuente de recursos que nos aporta motivación, fuerza y conocimiento para construir un mundo más habitable. Por esta razón, todo proyecto con una repercusión ética precisa de un trabajo en paralelo de la dimensión interior.

Por otra parte, el autoconocimiento que se desprende del proceso interior permite estar en comunión con el resto de los seres humanos y con la creación en general. Únicamente aquel que ha visitado sus infiernos interiores y se ha reconciliado con su propia vulnerabilidad puede sentirse solidario con la imperfección de sus semejantes, y sólo desde esta sintonía les puede ayudar.

2.2.3. *El diálogo intercultural*

Tendemos hacia una sociedad multiétnica y multicultural, fruto, a su vez, de una economía globalizada. En este nuevo contexto, cada vez resulta más acuciante encontrar vías para el diálogo. La recuperación de la interioridad abre un nuevo espacio a este diálogo tan necesario entre las diferentes formas de entender al ser humano, el mundo y al Absoluto.

Desde la base común de la experiencia resulta mucho más fácil tender puentes que faciliten la comunicación y permitan la convivencia. No se trata tanto de crear una especie de «esperanto» sincretista y ecléctico, sino, más bien, de encontrar las equivalencias entre los diversos idiomas religiosos y culturales. Sólo así será posible establecer una relación enriquecedora para todos y se evitarán muchos conflictos innecesarios.

Éste es el camino enseñado por Jesús de Nazaret, que rompía los esquemas segregadores del judaísmo de su época y se relacionaba con judíos y samaritanos, hombres y mujeres, centuriones y leprosos, fariseos y publicanos. Por esta vía, la comunidad cristiana sería plenamente *ekklesía*, es decir, lugar de encuentro y de diálogo. Y el *kerygma* proclamado en Pentecostés ya no se interpretaría como una declaración dogmática excluyente, sino como un mensaje esperanzador con el que sintonizarían los nuevos «partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes» (Hch 2,9-11) de esta nueva sociedad.

2.3. *La dimensión trascendente*

En todo ser humano existe el anhelo, más o menos desarrollado o inhibido, de relacionarse –o *religarse*– con una instancia de la realidad que trascienda la contingencia de la dimensión espacio-temporal. La mayoría de las religiones conciben el interior del ser humano como el escenario del diálogo con el Absoluto. Este punto de encuentro, a caballo entre la inmanencia y la trascendencia, es conocido con diversos nombres: alma, corazón, espíritu, *atman*, *arca mentis*, hondón, *scintilla*, *apex*, séptima morada, transconsciente, yo profundo, *self*.. Educar la interioridad implica trabajar la dimensión espiritual de la persona.

Los maestros espirituales de todos los tiempos aluden constantemente a este espacio interior donde acontece el diálogo con Dios. Santa Teresa de Jesús utiliza la imagen de un castillo, edificio muy común en su entorno, para cartografiar el mapa interior del ser humano: «*Este castillo interior tiene muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma*»². La Doctora mística simboliza el itinerario espiritual a través del recorrido por este castillo hasta llegar a la estancia principal, la Séptima Morada.

En los Evangelios, cuando Jesús de Nazaret se refiere a la oración, alude a un lugar secreto, escondido, habitado por Dios: «*Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*» (Mt 6,6). Secreto, en griego, es *cripta*, que significa «escondido». Para nosotros, esta palabra evoca a la vez una capilla subterránea y algo misterioso que precisa ser descodificado. El interior humano es esta cripta habitada por Dios (2 Co 6,16).

Otra imagen bíblica que puede ayudarnos a entender la relación entre interioridad y vida espiritual nos la proporciona el Templo de Jerusalén, que en el Antiguo Testamento era el centro de la vida litúrgica de los israelitas. Se trataba de un enorme edificio cuya parte principal estaba constituida por tres salas: el *Ulam*, o vestíbulo, el *Hekal*, o Santo, y el *Debir*, o Santo de los Santos (1 Re 6,15-

2. TERESA DE JESÚS, *1 Moradas*, cap. 1,3.

22; 8,6; 2 Cro 5,7). El término hebreo *debir* significa «lo que está detrás». Etimológicamente, sería «el cuarto trasero de una casa», y se utilizaba en el lenguaje doméstico. Cuando se construyó el Templo de Jerusalén, pasó a designar la sala principal, el Santo de los Santos, donde se custodiaba el Arca de la Alianza. Era, por tanto, el lugar de la presencia de Dios y de la revelación. Estaba separado del resto de salas por un velo.

Esta doble connotación de *debir* –por una parte, aquello que está velado y, por otra, el lugar sagrado donde se manifiesta la Presencia divina– evoca la interioridad humana por su dimensión inconsciente y misteriosa y, también, por ser santuario y morada de Dios. En este sentido, el Templo de Jerusalén sería la plasmación arquitectónica de la experiencia espiritual vivida en la interioridad del ser humano. El *Debir* del Templo es la expresión física del *debir* interior e invisible.

El interior es un velo que muestra y oculta la presencia de Dios. Los templos, los ornamentos, las procesiones, los sacrificios, las ofrendas, los ritos y las ceremonias religiosas en general constituyen una mistagogía –una pedagogía del misterio– cuyo objetivo es educar la dimensión trascendente de la interioridad humana. Por una parte, permiten expresar los dinamismos profundos del psiquismo humano en contacto con la trascendencia, pero también tienen la misión de suscitar la experiencia espiritual³.

3. Conclusión

Para terminar, quisiera destacar dos realidades de nuestro tiempo que aportan nuevas perspectivas a la reflexión sobre lo que significa educar la interioridad en el siglo XXI. Un primer aspecto es la necesidad, reconocida por todo el mundo, de generar una nueva conciencia ética y ecológica que ponga fin a tanta agresión contra el entorno natural. En nuestros días estamos comprobando las trágicas consecuencias de los abusos cometidos contra el medio ambiente. Hemos pasado, de ser dominados por la naturaleza, a dominarla, y ahora resulta evidente la necesidad de un cambio de

3. He desarrollado más ampliamente estos aspectos en *Debir, el santuario interior. La experiencia mística y su formulación religiosa*, Sal Terrae, Santander 2002.

mentalidad, porque, de lo contrario, estaremos en disposición de destruir el Planeta o, como mínimo, alterar el equilibrio natural y, en consecuencia, empeorar las condiciones de vida de millones de seres humanos.

El otro aspecto que quisiera resaltar es el del creciente interés despertado por la espiritualidad en la sociedad occidental. El positivismo de los siglos XIX y XX relegó la mística al terreno de las neurosis y de las psicopatologías; en cambio, el siglo XXI se inaugura con una demanda social de experiencia interior que ni Marx ni Freud hubieran imaginado. Signo evidente de ello son la práctica de técnicas de meditación orientales, la popularidad de las terapias alternativas o la venta de productos *New Age* norteamericanos, «*a medio camino entre el sentirse bien y los buenos sentimientos*»⁴.

Esta confluencia del despertar de una conciencia ecológica y de una gran inquietud espiritual nos obliga a replantearnos la educación de la interioridad. Los errores que hemos cometido en la explotación del medio ambiente tendrían que servirnos de experiencia. De la misma manera que hemos destruido una parte significativa del patrimonio natural, también podemos abusar ahora de los recursos del interior humano y generar graves desequilibrios. Hoy en día, se ha multiplicado el número y la complejidad de recursos de diversa índole (químicos, psicológicos y bioenergéticos) que permiten intervenir sobre el interior humano. Este hiperdesarrollo técnico, que objetivamente es muy positivo, pone a nuestro alcance la posibilidad de sobreexplotar, manipular, eliminar o marginar determinadas capacidades, emociones o sensaciones de nuestra interioridad de forma artificial y arbitraria. Ante este potencial, difícil de gestionar, debemos ser prudentes para evitar provocar alteraciones irreversibles en el complejo, y todavía poco conocido, sistema psíquico y espiritual del ser humano.

Seguramente, uno de los retos del cristianismo del siglo XXI sea el de encontrar maneras de hacer inteligible la experiencia de los grandes maestros de la tradición cristiana a todos los buscadores del Absoluto. Jesús de Nazaret continúa siendo un referente válido para quienes se adentran en las sendas del interior, y puede ser un modelo de equilibrio y coherencia entre el cultivo de la interioridad y el compromiso ético.

4. H. BLOOM, *Presagios del milenio*, Anagrama, Barcelona 1997, p. 26.

La referencia a la trascendencia, tanto en la naturaleza como en el interior, implica una actitud de respeto que puede ayudarnos a no sentirnos propietarios con derecho a usar y abusar ni del medio ambiente ni de la interioridad. Por este motivo, el educar la interioridad no puede reducirse a una simple instrucción sobre el manejo de determinadas técnicas de introspección, sino que tiene que requerir además la concienciación acerca de las posibles consecuencias que puede acarrear un uso inadecuado de estos recursos. Sólo asumiendo esta responsabilidad con respecto a la naturaleza y al propio interior, podremos construir un mundo más justo y solidario.

ST
EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD

José María Mardones

**La vida
del símbolo**

La dimensión simbólica de la religión

Sal Terrae

**Presencia
teológica**

En la actual sociedad del mercado de sensaciones, el símbolo está en peligro. La proliferación de imágenes que todo lo quisieran exponer mata el símbolo. Sin embargo, necesitamos recuperar el símbolo para que la vida no se banalice, el pensamiento rompa la cáscara de la superficie, y la religión sea auténtica mediadora del Misterio. La religión cristiana está emplazada a revitalizar su dimensión simbólica para ser verdaderamente escuela de acceso al Misterio de Dios y fuente de humanización en esta sociedad y cultura.

Toda una tarea de recreación del imaginario, del hablar, vivir y celebrar, sin lo cual la vida creyente languidecerá o huirá hacia formas escapistas. El presente ensayo aborda estas cuestiones de forma sugerente y asequible. Mira la realidad cultural y religiosa desde esta perspectiva del símbolo y ofrece razones para empeñarse en una recuperación de la densidad de vida que palpita en el símbolo.

272 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 15,00 €

El crecimiento interior desde la perspectiva de la afectividad

Joan María BOVET BALLÚS*

1. El Crecimiento Interior

Todos tenemos nuestra idea particular de lo que significa el crecimiento personal. Pese a todo, para unificar conceptos propongo considerar el crecimiento personal como aquel proceso interior de individuación a través del cual nos convertimos en personas psicológicamente únicas, independientes, autónomas, totales. «Individuación» es el concepto empleado por Jung¹ para definir dicho proceso.

Estoy convencido de que Dios nos piensa como personas autónomas e interiormente libres. La base del trabajo interior la constituye el progresivo crecimiento desde lo psicológico hasta lo espiritual, desde la idea que tenemos de nosotros mismos (yo-idea) hasta el proyecto que tiene Dios sobre la persona.

Las personas poseemos una identidad, la cual, gracias a que es dinámica, podemos explicitarla y vivirla a través de procesos de crecimiento, en la medida en que actualizamos el Ser que la constituye. Sin embargo, no es frecuente tener conciencia de ella y de su dinamismo, en permanente necesidad de actualización. Si es verdad que intuimos esta demanda, también lo es que a menudo no sabemos cómo llevarla a término.

Entendido el crecimiento personal como un proceso de constante actualización del potencial de nuestro Ser, hay que decir que, a medida que lo actualizamos, nos convertimos en la persona que

* Religioso de La Salle. Psicólogo clínico y director del Centre de Psicologia Analògica de Barcelona.

1. Anselm GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual. La crisis de los 40-50 años*, Narcea, Madrid 1996⁶, p. 83.

verdaderamente somos en nuestra más profunda esencia, sobre la cual ha depositado Dios su mirada amorosa, gracias a la cual conocemos su proyecto de amor. Desde esta perspectiva, el crecimiento personal es mucho más que un proceso psicológico, aunque éste sea el trabajo indispensable para consolidar la vida espiritual. Por eso entiendo el crecimiento personal como un proceso de concienciación y transformación interior.

¿Cómo lo denominan teólogos, filósofos, psicólogos y místicos? Por citar algunos: Mounier² define la persona como «un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser». Carl Rogers³, en la línea de Jung, lo denomina «proceso de convertirse en persona». Deepak Chopra⁴ lo considera una «alquimia interior» en proceso de conversión y de madurez, capaz de transformar, desde la esencia divina interior, toda la realidad humana exterior. Antonio Blay⁵ lo llama «proceso de transformación mediante la fuerza de la gracia», definida como «aquella realidad que procede de Dios». San Benito, San Bernardo (Grün⁶) y todos los padres del monacato hablan de un proceso de conversión interior a Dios que no es posible sin la humildad, la cual sintetiza San Benito con el clásico «Conócete a ti mismo». Según éste, no es posible convertirse a Dios sin un profundo autoconocimiento.

Por su parte, el teólogo Silvano Cola⁷ afirma:

«Tanto en sentido biológico como en sentido psíquico y espiritual, la única posibilidad de vida y de desarrollo depende del paso constante de un estadio considerado más egocéntrico –por cuanto es inconsciente– a un estadio siempre más complejo de integración con la realidad-ambiente con que uno se encuentra. Esta inte-

2. Carlos DÍAZ, *Emmanuel Mounier. (Un testimonio luminoso)*, Palabra, Madrid 2000. p. 248.
3. Carl ROGERS, *El proceso de convertirse en persona*, Paidós Ibérica, Barcelona 1986⁵.
4. Deepak CHOPRA, *Conocer a Dios. El viaje hacia el misterio de los misterios*, Plaza y Janés, Barcelona 2000.
5. Antonio BLAY, *Caminos de autorrealización. (Yoga superior). Tomo I: La realización del Yo central*, Ediciones Cedel, Barcelona 1982², pp. 16-34.
6. Anselm GRÜN y M. DUFNER, *Una espiritualidad desde abajo. El diálogo con Dios desde el fondo de la persona*, Narcea, Madrid 2000, pp. 38-51.
7. Silvano COLA, *Morte e risurrezione: la dinamica del "saper perdere" per lo sviluppo integrale della persona. Nuova umanità, Città Nuova, Roma 2001*, p. 239.

gración no es posible sin una superación (pérdida, muerte) del estadio precedente. (...) Quien acepta el miedo y la angustia de la pérdida, afirma la vida; quien se refugia en la vida conocida para evitar el miedo y la angustia de lo nuevo, se atrofia y (psicológicamente) muere».

La experiencia de acompañamiento me indica que el auténtico crecimiento interior significa, en la primera fase de la vida, un fortalecimiento del yo psicológico, de forma que, adquiriendo la suficiente seguridad y madurez afectiva, sintamos la fuerza de trascenderlo en la segunda fase de la vida.

Psicológicamente hablando, este fortalecimiento constituye el meollo del trabajo de crecimiento interior, porque es casi imposible trascenderlo mientras no se experimente un mínimo de seguridad afectiva.

Trascender el yo psicológico equivale a superar la fase en la que la vida se desarrolla la mayor parte del tiempo satisfaciendo las necesidades y deseos del yo-idea o *ego*.

En este sentido, la vida humana, desde que nacemos hasta que morimos, es un proceso constante de individuación. Esto no tiene nada que ver con el individualismo, sino todo lo contrario. Se trata de convertirse progresivamente en la persona autónoma, abierta al proyecto de Dios sobre ella, lo cual comporta un trabajo paciente, constante, apasionante, que dura toda la vida. Es la ascética que somete al ego a la ineludible ley de vida gracias a la cual todo lo que nace, en sucesivas etapas, se desarrolla y, finalmente, muere, ya que pasar a la siguiente supone dejar la anterior. Es una dinámica de pequeñas muertes que elevan la vida de un nivel de conciencia a otro superior, gracias a renunciaciones difíciles de asumir si no se conciben positivamente como «renuncia a la reivindicación egoísta» que, sin embargo, dan sentido a la vida.

Hay una fuerza interior genuina y liberadora que surge del saber perder, de la aceptación de la incertidumbre, de la indefensión, de la no justificación, del aprender a convivir con el fracaso y el sufrimiento cuando son inevitables. Así la vida es una oportunidad de crecimiento constante.

Aunque estamos llamados a la plenitud y tenemos vocación de totalidad, muchas vidas se diluyen en la rutina y la mediocridad por falta de crecimiento interior. Es una opción exclusiva de cada uno.

2. Desde la perspectiva de la afectividad

En toda vida humana la afectividad desempeña un papel extraordinariamente importante, puesto que es la energía que se filtra en todas las esferas de la persona y moviliza los mecanismos que le dan vida. El Dr. Juan Antonio Vallejo Nájera la define así:

«La afectividad es la manera en que nos afectan interiormente las circunstancias que se producen en nuestro entorno»⁸.

Si lo observamos, vemos que la afectividad es una reacción-respuesta tanto a estímulos externos como internos, la cual, desde una perspectiva estratégico-constructivista, condiciona el sistema perceptivo-reactivo de la persona. Todo lo que percibimos pasa por el filtro de la afectividad. Interpretamos la realidad en función de la seguridad afectiva de que carecemos o tenemos necesidad. Tal como la percibimos, así sentimos y reaccionamos.

Me gusta considerar la afectividad como la expresión de nuestro mundo personal analógico, inconsciente-emocional, por contraposición a nuestra instancia mental, lógico-racional. Sin olvidar que también hemos de vivirla a nivel espiritual.

Por experiencia, todos conocemos la fuerza y el poder de la afectividad en nuestra vida. Ésta no se comprende si no es en la interacción dentro-fuera, impresión-expresión, recibir-dar. Si la mayor parte de la vida se traduce en relación, he ahí el papel fundamental que desempeña la afectividad en las relaciones humanas.

¿Qué le da fuerza y poder a la afectividad?

Ante todo, la materia básica que la configura, es decir, las necesidades y los deseos.

- a) Las *necesidades* nacen de heridas, carencias, frustraciones y sobrecompensaciones (heridas por exceso de protección, sobrevaloración, etc.) del modelo educativo. Denomino «modelo educativo» el conjunto de condicionamientos generados por el sistema familiar y educativo en el que hemos vivido, los cuales

8. Juan Antonio VALLEJO NÁJERA, *Guía práctica de psicología*, Temas de Hoy, Madrid 1991³, p. 176.

se manifiestan a través de los deseos y necesidades, sintetizados en la necesidad de autorrealización y de seguridad afectiva (amar y ser amado). Por eso la sana afectividad siempre está orientada al amor.

- b) Los *deseos* son la idealización de la necesidad de compensar frustraciones. Errónea o acertadamente, siempre estamos compensando. A la vez, el deseo mantiene viva la necesidad de superación.

Por otro lado la afectividad está estrechamente vinculada a la sexualidad. Tanto las necesidades como los deseos afectivo-sexuales generan dificultad a la hora de expresarla y vivirla. Ambos aspectos constituyen gran parte del trabajo interior.

Entendida la afectividad como la fuerza y la tensión que se establece entre dos movimientos –amar y ser amado–, es posible comprender cómo transcurre el principal aprendizaje de la vida, en el que se debaten tanto las satisfacciones como las luchas, fracasos y sufrimientos, porque no podemos vivir fuera de los órdenes del amor, denominados muy acertadamente por Bert Hellinger «movimientos del alma»⁹.

Así pues, en la base de cualquier proceso de crecimiento interior nos encontramos con un hecho importante: aprender a gestionar constructivamente la afectividad, ya que es el motor que nos hace sentir vivos. Si Dios nos ha dado la vida, es para que la vivamos de forma plena y autónoma. Para ello hemos de educar nuestra mente: el pensar y el sentir para responder y reaccionar con la madurez proporcional al nivel de conciencia que vamos adquiriendo. En esta tarea, cada uno es responsable de aprender a vivirla desde el núcleo profundo de su propio ser y como expresión del mismo. El resultado es la madurez afectiva, que se experimenta como plenitud. Esto no significa librarse de los problemas cotidianos.

9. Bert HELLINGER, *Los Órdenes del Amor. Cursos seleccionados de Bert Hellinger*, Herder, Barcelona 2001, p. 92.

¿Qué significa vivir la afectividad desde el ser profundo?

Significa trascender el yo-idea y vivir acontecimientos, relaciones y conflictos desde el propio centro. Ello requiere aprender a hacer lo que yo llamo «el salto al propio fondo» y situarse allí. Más que un lugar, es un estado de conciencia que permite desidentificarse tanto del estímulo como de la reacción inmediata y observar qué me ocurre, cómo percibo la realidad, cómo la distorsiona mi yo-idea, y qué reacción es la más constructiva. Vivir la afectividad desde el propio centro se traduce, con la práctica, en integración y autoapoyo, totalmente necesarios para superar la neurosis. Antonio Blay afirma que...

«...el problema básico, por lo que respecta a la afectividad, está en que hemos aprendido a vivir únicamente una afectividad pasiva. Hemos aprendido a amar únicamente con relación a cómo nos sentimos amados y cómo recibimos amor de los demás (...) Nuestra afectividad activa está siempre condicionada a lo que los demás o la vida hacen por nosotros. Por eso valoro e interpreto los estímulos, las acciones de las personas y las circunstancias, y reacciono afectivamente en contra o a favor, según la interpretación que hago. Esta afectividad, que es la más habitual y que todos conocemos muy bien, no es más que una pequeña fase de eso que ha de ser la afectividad humana madura»¹⁰.

3. ¿En qué consiste el proceso de crecimiento desde la afectividad?

El crecimiento interior es el resultado de un ejercicio de actualización de la afectividad condicionada. Acostumbrados a apoyarnos en la seguridad afectiva que nos proporcionan los demás, sólo la respuesta desde nuestro ser genuino nos la actualiza y no nos la condiciona. El objetivo consiste en vivirla más allá de las necesidades y deseos del yo idea y en expresarla a nivel superior espiritual. El resultado del proceso de crecimiento es la personalización.

10. A. BLAY, *Personalidad y niveles superiores de conciencia*, Índigo, Barcelona 1991, pp. 111-112.

¿Es posible trascender el yo-idea?

Nuestra vocación trinitaria dice que sí. Sin embargo, topamos con un problema, no tanto de contenido cuanto de actitud. ¿Creemos en la posibilidad de trascenderlo? ¿Nos tomamos en serio el trabajo para conseguirlo? ¿Somos conscientes de nuestra vocación trinitaria?

Me gusta plantear el crecimiento interior como el camino que hacemos a medida que tomamos conciencia de dicha vocación. Recuperar la conciencia de Ser es una llamada a retornar a casa. Porque estamos hechos según el modelo de la Trinidad, nuestro Ser se desarrolla plenamente en la medida en que aprendemos a vivir de acuerdo con dicho modelo. Desde la Trinidad, Dios piensa a la persona como un Ser en relación, con un centro de conciencia real y sutil a la vez, formado básicamente de tres focos, cuyo referente es Dios Trino y Uno:

- * A imagen del Padre, somos unidad – energía – creatividad.
- * A imagen del Hijo, somos inteligencia – luz – crecimiento – expansión.
- * A imagen del Espíritu Santo, somos amor – felicidad – libertad.

La vida es un desarrollo en el que Dios invita a la persona a vivir desde su Ser Trinitario, superando los propios límites en que le aprisiona su yo-idea. Dicha expansión de conciencia es fruto del proceso de personalización, desde el cual, tarde o temprano, hemos de abrir :

- * nuestra realidad psicológica a lo espiritual, disolviendo con el amor el miedo patológico;
- * nuestra naturaleza al sobrenatural, disolviendo la inseguridad con el abandono y la confianza;
- * nuestra realidad humana a lo divino, mirando las cosas desde la fe en Dios Amor, desde cuya óptica todo es amor, incluso el conflicto, la enfermedad y el dolor.

Si consideramos la vida como un proceso, podemos plantear el crecimiento como un camino en...

Dos grandes etapas

- La etapa de afirmación del yo. Constituye la primera parte de la vida. Desde que nacemos hasta que adquirimos conciencia de ello, nos pasamos la vida girando alrededor de las necesidades y deseos del yo-idea (caríñosamente denominado «yo-pequeño»). Es una etapa esencial de la vida en la que hemos de fortalecer nuestro yo-pequeño y dar sentido a nuestra vida. El yo ha sentirse seguro, si queremos luego trascenderlo.

El trabajo de actualización correspondiente a esta etapa se realiza a partir de núcleos de personalización, como son: la afectividad, el autoconocimiento, la integración de polaridades, la relación conflictiva, la soledad, etc. Aunque esencialmente son de tipo psicológico, expeditan el camino a lo espiritual. El trabajo a partir de estos núcleos consiste en:

- * Reconocer necesidades y deseos estando atento a las removidas.
- * Sentir. Mirar las reacciones del yo cara a cara, dándose permiso para sentir y descubrir qué hay detrás, qué aportan, sin huir, sin comparar, sin negar, sin juzgar.
- * Asumir la verdad que se manifiesta, evitando desplazar la responsabilidad a los otros. La felicidad está dentro y depende de cómo se responda a la vida.
- * Expresar lo más genuino de uno mismo, reconociendo que somos energía, inteligencia, amor, felicidad en todos los aspectos concretos. Expresarlo también a nivel espiritual.

En la labor de acompañamiento, es frecuente encontrar a personas adultas que han ejercitado poco su potencial más genuino, sintetizado en estos tres focos. Protegen su yo-idea como si fuera su única identidad. Algunas no expanden completamente su conciencia de ser, que abre la vida a la espiritualidad, a pesar de haber tenido una experiencia fundante de Dios.

- Etapa de trascendencia del yo. A medida que la persona clarifica sus núcleos de personalización, integra su yo y experimenta la fuerza y la seguridad desde otro nivel de conciencia. En este trabajo, la forma en que se aprovechan las crisis, las dificultades, incluso el dolor, desempeña un papel muy importante.

El trabajo en esta etapa consiste esencialmente en una expansión de la conciencia hacia dentro y hacia arriba. En la práctica, se traduce en un ejercicio consciente de vivir la experiencia de muerte y resurrección del propio yo mediante la dinámica del «saber perder», única capaz de producir el desarrollo integral de la persona. De ahí arranca la auténtica espiritualidad.

¿Qué significa actualizar?

- Tomar conciencia de la identidad de Ser, más allá de los estereotipos del yo-idea que la persona cree ser.
- Modificar la percepción del yo, que distorsiona la realidad, practicando el ejercicio del «salto al propio centro».
- Responder a la vida desde esta conciencia de ser, experimentando los nuevos valores cuando uno se arriesga a salir de sí mismo.

El resultado de la actualización es la personalización.

¿Qué hemos de actualizar?

Los tres focos que constituyen nuestra esencia:

- A nivel de energía: las capacidades y el potencial del ser, el cual lo vivimos deficitariamente.
- A nivel de inteligencia: las ideas y creencias que deforman nuestra percepción de la realidad.
- A nivel de amor-felicidad: la afectividad neurótica, que nos mantiene egocentros y nos impide relaciones de gratuidad.

El potencial que Dios ha depositado en nuestro Ser a través de estos focos constituye nuestro ADN espiritual. Su proyecto es coherente con el ser que nos ha dado. El sufrimiento es producto de la falta de visión y de la resistencia inconsciente a ser lo que de verdad somos.

Cada persona en demanda de acompañamiento confirma mi convicción de que es voluntad de Dios que nos tomemos seriamente el trabajo de crecimiento interior.

¿Cómo se actualiza?

Ejercitando mediante el yo-experiencia. Afrontando miedos. Viviendo responsablemente, sin desplazar hacia los demás. Evitando cualquier intento de eludir el sufrimiento inherente al crecimiento; de lo contrario, todos somos víctimas de lo que no hemos ejercitado.

Nos cuesta comprender que el sufrimiento nos habla de falta de actualización y que crecemos en la medida en que actualizamos, actualizamos en la medida en que ejercitamos, y ejercitamos en la medida en que nos hacemos responsables de nuestras reacciones y las transformamos.

No es suficiente comprender lo que nos ocurre; es preciso convertirlo en experiencia. Hellinger lo expresa así:

«En experiencia únicamente podemos convertir los procesos. También una experiencia comunicada, si se comunica de acuerdo con la vivencia, lleva a la experiencia. Por eso, también es innecesario demostrar las experiencias, ya que éstas se demuestran por los procesos que convertimos en experiencia.

Las ideas las puedo seguir sin que hallen correspondencia con una realidad experimentable. Pueden ser bellas y concordantes e interesantes, sin que necesariamente tengan que ser verdaderas. El peligro surge cuando mido mi experiencia por mis ideas, comparándola con ellas. Entonces creo en mis ideas, en vez de fiarme de mi experiencia. Este proceso tiene el peligro de alienación. Por lo tanto, si uno abandona estas ideas en favor de una experiencia, este paso conduce a la experiencia de plenitud. Por el contrario, si abandono una experiencia que resulta de un proceso vivido y de una comprensión, sólo porque pienso que es diferente, este paso se experimenta como una huida del centro y se traduce en pérdida.

En la comprensión, la experiencia llega al alma; siempre conduce al recogimiento y, si se comunica, lleva a la realización que centra»¹¹.

11. Bert HELLINGER, *Religión, psicoterapia, cura de almas. Textos recopilados*, Herder, Barcelona 2001, pp. 46-47.

Medios de actualización

Aunque podrían ser más, señalo cuatro:

1. *Autoconciencia*. Se refiere a la capacidad de estar atento al propio acontecer.
2. *Autoconocimiento*. ¿De qué? De la verdad del propio yo, escondida detrás de cada dolor del que trata de escapar, el cual, asumido, paradójicamente, libera. Jesús se refiere a esta experiencia cuando dice: «*Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*» (Jn 8,32). Por eso hemos de preguntarnos:
 - * ¿Qué nos hace tan poco libres interiormente?
 - * ¿Qué miedos bloquean nuestras relaciones?
 - * ¿Qué nos impide mirar cara a cara el dolor?
 - * ¿Cómo pretendemos realizar el proyecto de Dios sin conocernos de verdad?

¿De qué manera empezar el trabajo con el yo?

Cuanto mejor lo conozcamos, tanto mejor sabremos cómo relacionarnos con él. Es preciso conocer su lenguaje, cómo se manifiesta, cómo actúa. Hay que conocer sus juegos. Cuanto más lo conocemos, tanto más fácilmente podemos identificar su voz, sus reacciones, sus manipulaciones, sus proyecciones. No es cuestión de hacerlo callar a la fuerza, ni tampoco de ignorarlo, porque aún gritará con más fuerza. En cambio, si se le conoce y se le escucha, si se habla y se ríe con él sin entrar en su juego, si miramos cómo reacciona sin perder la calma, sin darle más energía, poco a poco va perdiendo fuerza y se debilita. Acabará siendo tan transparente como un bebé.

La sed de Espíritu del ser humano la ahoga su propio yo con el miedo a conocerse. He ahí el porqué de tantas vidas vegetando, enzarzadas en protegerse detrás de sutiles mecanismos de defensa.

3. *El restablecimiento de los Órdenes del amor*. Sin orden no puede haber amor. Las heridas del yo lo hacen imposible, cuando éste queda atrapado en compensar:
 - * La necesidad de sentir que uno forma parte del grupo en el que desea ser reconocido, aceptado y amado. El miedo al abandono y al rechazo genera multitud de conflictos y dolor.

- * La necesidad de recibir y dar en equilibrio e igualdad. El desequilibrio en el dar y tomar genera rabia y resentimiento, a partir de lo cual se entra en el juego del triángulo neurótico: ayudador-víctima-verdugo.
 - * La necesidad de seguridad afectiva. Las normas facilitan la convivencia, la participación de todos, y sostienen el sentimiento de seguridad.
4. *La autorreconciliación.* En el proceso de crecimiento interior, tarde o temprano hemos de hacer las paces con nosotros mismos. Sin este paso de autorreconciliación es casi imposible reconciliarnos con los demás. La novelista Susanna Tamaro lo ha sintetizado maravillosamente en una entrevista:

«Reconciliarse con uno mismo, reconciliarse con su infancia. Sin reconciliación no puede haber ni libertad ni amor. La reconciliación es el camino del reconocimiento de nuestra fragilidad y aceptación de nuestro pasado, sea cual sea. Es este camino el que hace que el hombre sea verdaderamente libre y, por tanto, pueda amar... El hombre que se ha reconciliado consigo mismo y, en consecuencia, con su proyecto, sabe que la verdad no es de un color, sino una luz que da a cada cosa un respiro más amplio. Por eso pienso que la reconciliación no es una demostración de buenos sentimientos, sino un recorrido largo y difícil de desprendimiento progresivo que lleva al ser humano a vivir plenamente su condición de hijo.

El hombre reconciliado es el hombre que ha reconocido hasta el final el camino de la realización personal. El hombre que, paradójicamente, lo ha perdido todo y ya no puede perder nada más. Ha abandonado a lo largo del camino todo lo que reforzaría su ego, que lo hacía diferente a los demás, por lo tanto creaba conflicto. Es el hombre que ya no conoce el orgullo ni la presunción y que, por lo tanto, está dispuesto a amar».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



Desde siempre, la tradición cristiana ha producido textos oracionales que han proporcionado a los creyentes una excelente ayuda para su oración personal y comunitaria. A esta corriente secular y caudalosa, de solidaridad fraterna en la búsqueda y el encuentro con Dios, se une este libro de plegarias. Sólo un peligro, aunque grave, acecha a la oración con plegarias: su mera repetición mecánica, sin implicación de la persona.

Lo importante es tener en cuenta que la buena oración no puede quedarse en meros razonamientos, sentimientos o decisiones: hacen falta las tres cosas, con predominio de una u otra, según los momentos. Las plegarias que ofrece este libro pretenden crear espacios de silencio en los que la voz honda de la propia persona, del grupo o comunidad, y de Dios puedan emerger y cobrar fuerza.

368 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 20,00 €

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



No son pocos los animadores que se quejan del constante mutismo de su grupo o, por el contrario, de las dificultades para regular la interacción durante los debates. Las técnicas de animación que se proponen en este texto favorecen el desbloqueo de la comunicación, la circulación de las informaciones, el intercambio de opiniones, la escucha activa y la creatividad. La extrema adaptabilidad de dichas técnicas a cualquier temática que sea objeto de diálogo en el grupo hace que el material ofrecido resulte indispensable para profesores, formadores, educadores, catequistas y cualquier persona dedicada a la animación de grupos en general.

Fruto de un constante compromiso formativo en el ámbito escolar, parroquial y asociativo, este libro recoge la cosecha de largos años de experiencia educativa y de investigación en el ámbito de la comunicación.

160 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 9,50 €

Accesos a la interioridad

Xavier MELLONI, SJ*

En la vida espiritual lo contrario de la interioridad no es la exterioridad, sino la superficialidad. Interioridad y superficialidad son opuestas, en cuanto que corresponden a dos disposiciones incompatibles ante Dios, ante el entorno y ante uno mismo: una vive de la cantidad; la otra de la calidad; una de la compulsividad, la otra de la gratuidad; una de la seguridad, la otra de la confianza; una de la inmediatez, la otra de los lentos procesos que se van gestando en la profundidad del corazón humano.

La exterioridad, en cambio, no se opone a la interioridad, sino que la complementa. Es su necesario e indispensable reverso, no como su obstáculo o tropiezo sino como su verificación. Es decir, el cultivo de la interioridad no debería comportar para nada el olvido del mundo, sino que es la búsqueda de su Fuente, para vigorizar nuestra presencia en el mundo y hacerla más transparente.

Lo que hay que ver es cómo los diferentes caminos y tradiciones consiguen esta integración, porque la relación entre la interioridad y la exterioridad se puede establecer de modos diferentes. El hecho de que no pocos de nuestros contemporáneos estén redescubriendo la interioridad a través de los caminos de Oriente es una oportunidad para dejarnos interpelar por ellos, sin que debamos por ello abandonar los nuestros. Porque, sin duda alguna, la tradición cristiana de Occidente dispone de un bagaje espiritual que puede ofrecer mucho a nuestro tiempo. La cuestión que todavía subyace es si son modos de llegar a la misma integración o si configuran actitudes radicalmente diferentes ante Dios y ante la vida. Hablar de Oriente y de Occidente es una simplificación para referirse a peda-

* Profesor de Teología en la Facultat de Teologia de Catalunya (Barcelona). Manresa.

gogías diversas que, aunque las identifiquemos geográficamente, trascienden la circunscripción espacial. Explicitar esta diversidad puede ayudar a comprender por qué, en un momento determinado, ciertas personas toman un camino y no otro para acceder a su interior. Comprender en qué se diferencian permite tomar conciencia de su complementariedad y discernir en un momento determinado la oportunidad o inoportunidad de uno u otro recorrido. Identificamos como occidentales los caminos que parten de la exterioridad y van hacia la interioridad, y como orientales los que comienzan por dentro y van hacia fuera.

Vamos a explicitar esta diferencia a partir de los dos vehículos más característicos de nuestra cultura: la palabra y la acción. Lo que caracteriza a Occidente es partir de ellas mismas para ahondarlas. En cambio, lo específico de Oriente es tratar de trascenderlas¹.

1. La interiorización de la palabra por medio de la palabra misma

Toda nuestra cultura es hija de la predominancia de las palabras y de los conceptos que ellas generan. A través de ellas creamos campos de sentido que proporcionan el marco de comprensión de nosotros mismos, del mundo y de Dios. Por las palabras nos aproximamos a la realidad, pero con el riesgo de que sustituyan a la experiencia. Por influencia griega, y luego del pensamiento moderno, el *logos* –la palabra– ha quedado vinculado al concepto, a costa de haber relegado la fuerza del relato, que es lo propio de la palabra semítica y bíblica. Y es que el relato tiene mayor capacidad para movilizar los diversos registros de la persona: la dimensión emotiva, imaginativa, simbólica... El concepto, en cambio, alimenta la mente, pero al mismo tiempo la satura. Hoy somos hijos de las palabras-concepto, más que de las palabras-relato, y por ello también tenemos nostalgia de las narraciones. El cine y las novelas son los resquicios que nos quedan para recuperar la narratividad. Pero el reto de la interiorización afecta a ambas dimensiones: lograr que

1. Esta caracterización no deja de ser una simplificación, porque también Oriente conoce el camino de la acción (*Karma marga*); igualmente, existen tradiciones en Occidente que proponen el despojo de la palabra como camino del espíritu. Piénsese en San Juan de la Cruz y en el Maestro Eckhart.

tanto el concepto como el relato no queden en la mera abstracción o distracción, sino que sean personalizados y sirvan de alimento para la vida del espíritu.

La tradición monástica de Occidente dispone de un método para interiorizar la Palabra de Dios: la *Lectio divina*. Un método que también se podría aplicar a otros ámbitos de nuestra cultura. Consiste en un proceso que recorre cuatro tiempos: el conocimiento literario del texto (*lectio*); la rumia posterior (*meditatio*); la expresión dialogal con Dios (*oratio*); y, finalmente, el silencio (*contemplatio*). Después de varias décadas de aproximación a las Escrituras a partir de la exégesis austera del método histórico-crítico, en diversos ambientes se está rescatando esta aproximación orante de las Escrituras. No es que por ello se deba abandonar el análisis crítico y sistemático de los textos y la utilización de los métodos de las ciencias de la interpretación. Esta etapa es indispensable para liberarse de ingenuidades que acaban convirtiéndose en fundamentalismos. Pero, si bien esta aproximación es necesaria, no es suficiente. Se trata únicamente de un primer tiempo, el de la *lectio*. Los pasos siguientes no anulan sus aportaciones, pero sí que las trascienden. La *meditación* trata de extraer el sabor del texto, recorrer sus rincones, descubrir sus aplicaciones para la vida, de modo que su contenido se vaya adentrando en la propia existencia. Por la *oración*, lo asimilado pasa, de ser sabor, a ser latido, anhelo, incorporando la dimensión afectiva de la persona. La reflexión adquirida se convierte en diálogo y ofrenda. La palabra deviene entonces el cauce de la expresión por donde uno mismo se adentra en Dios. Ello culmina en el cuarto ámbito, la *contemplación*, en la que uno ya no es el que dirige, sino que es recibido. Así adviene una plenitud de comunión que trasciende la palabra y se convierte en Silencio.

En los últimos años, este método ha ayudado a no pocas comunidades cristianas a redescubrir el gusto por la Palabra de Dios. Se practica normalmente en torno a los monasterios, donde cada vez acuden más grupos a beneficiarse de esta tradición, cuyo ritmo permite asimilar el contenido de las Escrituras².

Tal procedimiento podría también impregnar el estudio de la teología. El paso del estilo orante de la Patrística a la teología dia-

2. El Cardenal Martini difundió la práctica de la *Lectio divina* en la diócesis de Milán; también se ha propagado a través de la Comunidad de Bose (en el norte de Italia) y en torno a otros monasterios benedictinos.

lética de la Escolástica obstaculizó la interiorización de los dogmas. La contemplación se sustituyó por la argumentación y la discusión. Tal vez se estén dando hoy las condiciones –o al menos la necesidad– para redescubrir un modo de estudiar la teología que sea capaz de transformar, y no sólo informar, a quien la estudia.

Todavía podemos ir más allá y procurar que esta interiorización pueda producirse en otros ámbitos del saber y del ocio. Urge encontrar los medios para que seamos capaces de hacer llegar la información de la cabeza al corazón: un camino que, siendo tan corto, se ha hecho el más largo y que nuestra cultura ha extraviado. Conseguir que podamos regenerarnos en nuestro descanso, no a costa de una intoxicación por acumulación, sino personalizando lo que asimilamos. Se trataría de saber traducir a nuestro tiempo algo de aquella sentencia ignaciana: «No el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente» [EE 2]. Para ello, recursos tan antiguos como llevar un diario personal, o anotar las impresiones después de haber visto una película o de haber hecho una buena lectura... pueden ser ayudas para interiorizar los impactos que recibimos, de modo que no se pierdan sin más en la papelera de la desmemoria.

2. La interiorización de la acción por medio del discernimiento

El segundo rasgo característico de nuestra civilización es la acción. Nuestra cultura se expresa a través de la actividad económica, política, técnica, científica, artística, incluso deportiva. Somos una civilización que valora a las personas por sus resultados y por sus conquistas. La misma globalización es un resultado de la polarización occidental por la acción, en la que la técnica, la ciencia, la economía occidentales se han extendido por todo el planeta. De ahí la pertinencia de una pedagogía que, partiendo de la acción misma, trate de ahondarla desentrañando sus motivaciones y haciendo tomar conciencia del alcance de sus efectos. Así, del mismo modo que la *lectio divina* toma la palabra para llevarla a su profundidad, así también los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio encaran el ámbito de la acción para hacernos conscientes de su trascendencia³.

3. Cabe decir que el método ignaciano tiene un punto de arranque común con el método monástico, en tanto que tiene como soporte básico los pasajes evangé-

Sólo cuando se han conocido otras culturas se cae en la cuenta de lo occidentales que son los *Ejercicios* ignacianos en sus presupuestos y en su pedagogía: desarrollan una espiritualidad de la acción y de la capacidad de decisión a partir del discernimiento de la vocación personal, que se expresa a través de una misión. Su especificidad consiste en ofrecer herramientas para aclarar las diferentes opciones que se presentan en la propia vida y aprender a elegir en función de los valores del Evangelio. Estas elecciones no proceden simplemente de la propia voluntad, sino que brotan del progresivo desvelamiento de la voluntad de Dios sobre uno.

Tal desvelamiento se produce a través de la interiorización de tres *conocimientos*:

- a) El de la propia opacidad y la opacidad del mundo [EE 63], que libera de quedar retenido en la corteza de uno mismo y de las cosas.
- b) El *conocimiento interno* de Cristo, «que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104], es decir, que posibilita impregnarse de las actitudes y acciones de Cristo, modelo del comportamiento unificado y receptivo a los valores del Reino.
- c) El *conocimiento interno* de tantos dones recibidos [EE 233], a través de lo cual cada acto se convierte en respuesta y ofrenda.

La característica de este triple *conocimiento interno* es que no se queda en mera *información*, sino que se transforma en amor, y un amor que se concreta en un seguimiento⁴.

La búsqueda explícita de esta llamada y seguimiento de Jesús es lo que distingue a los Ejercicios de cualquier otro método de interiorización. Arraigados en ese seguimiento, podemos entonces acceder a la contemplación de una acción que ya no estará distraí-

licos, a los cuales se aproxima según la progresión anterior: la *lectio* se corresponde con el «fundamento verdadero de la historia»; la *meditatio*, con los puntos que se ofrecen para cada ejercicio; y la *oratio*, con los coloquios. Es en el cuarto tiempo donde se bifurcan: en lugar de dirigirse hacia la contemplación, los *Ejercicios* se dirigen hacia el discernimiento de la elección.

4. Sorprendentemente, encontramos aquí las tres vías clásicas de realización del hinduismo: el *Jnana Marga*, el *bhakti Marga* y el *karma Marga*, según están recogidas en el *Bhagavad Gita*.

da ni autorreferida, sino atenta a su entorno y receptiva a percibir la presencia de Dios en cada situación y en cada persona.

Podríamos decir, pues, que la *Lectio divina* y los *Ejercicios* de San Ignacio son dos pedagogías de la interiorización características de la tradición cristiano-occidental, en la medida en que cada una de ellas parte de los elementos propios de nuestra cultura para llevarlas a su profundidad. Sin embargo, existen otros caminos que han despertado el interés de nuestros contemporáneos y que debemos tratar de comprender.

3. La interiorización de la palabra por medio del silencio

Si el método occidental consiste en profundizar la palabra a través de las mismas palabras, el método oriental consiste en trascender la palabra suprimiéndola. El yoga y el Zen prescinden de los textos sagrados –y de cualquier otro texto– como soporte de la meditación. De algún modo, comienza por donde la *lectio divina* terminaba: el silencio de la contemplación. Se considera que la palabra es una realidad penúltima, no última. Las técnicas orientales de meditación tienen dos propósitos: lograr la concentración de la mente en un único punto –a través de una imagen fija o de un sonido– y conseguir la suspensión de la actividad mental. En ambos casos se busca el trascendimiento de las mediaciones, tanto de las palabras como de las imágenes.

En una ocasión, un personaje importante, que estaba agobiado por sus responsabilidades y ocupaciones, se dirigió a un monasterio donde vivía un maestro para que le enseñara a meditar.

- ¿Cómo debo aprender a meditar?, le preguntó al maestro.
- Haciendo silencio.
- ¿Y cómo se consigue el silencio?
- Meditando.
- ¿Y cómo se medita?
- Haciendo silencio.

El monje no le planteaba ningún enigma, sino que evitaba caer en especulaciones y, simplemente, invitaba a practicar. Para Oriente, el gran enemigo de la experiencia espiritual no es el cuerpo, sino la mente. Lo que más teme el oriental es que las elaboraciones de la mente sustituyan a la experiencia. De ahí que en un

curso de meditación no se den grandes explicaciones, sino que se proponga una práctica. Una práctica en la que toda la importancia radica en la corrección de la postura y en la atención a la respiración. Las técnicas orientales no presuponen la adhesión a determinadas creencias, sino la fidelidad a una práctica diaria. Este contraste con respecto a la mentalidad occidental es precisamente lo que atrae a algunos de nuestros contemporáneos, que se encuentran saturados de palabras que ya no les alimentan.

¿Y qué sucede en el silencio?

En el Zen se dice que al comienzo del camino las montañas son montañas, los árboles son árboles, y las personas son personas; luego las montañas dejan de ser montañas, los árboles dejan de ser árboles, y las personas dejan de ser personas; al final del recorrido, las montañas vuelven a ser montañas, los árboles vuelven a ser árboles, y las personas vuelven a ser personas. Es decir, el segundo tiempo, el que se corresponde con el momento de la absorción de la mente, introduce una discontinuidad en el estado habitual de conciencia, el cual es necesario para poder percibir la realidad de un modo distinto. En la etapa final, las montañas, los árboles y las personas son las mismas que al comienzo, pero percibidas en un plano nuevo: ya no autocentradamente, en función de las propias avideces e intereses, sino por lo que son en sí mismas: epifanías de lo Real⁵.

4. La interiorización de la acción por medio de la *atención vigilante*

Si el discernimiento cristiano se concentra en la distinción entre las fuerzas positivas y negativas (el *buen* y el *mal espíritu*) para clarificar una determinada elección o comportamiento, el discernimiento oriental (*viveka*) se dirige hacia la distinción entre lo permanente y lo transitorio. Si el método occidental trata de formar a la persona sobre la que repercute la acción, el método oriental busca suprimir al yo que sostiene esa acción. Porque se considera que tras esa conciencia egoica, cambiante e inestable, subyace una Realidad que trasciende al yo, así como a las cosas y los acontecimientos. Se trata

5. De hecho, algo semejante sucede también a lo largo de los *Ejercicios*, en cuya culminación, la «Contemplación para alcanzar amor», se aprende a percibir el mundo y volver a él con una mirada diferente.

de llegar a percibir que la ola –las individualidades impermanentes de los individuos y de los acontecimientos– forman parte del Mar⁶. La atención no se dirige sobre el plano moral, sino sobre el plano de lo real. Es decir, el dilema no se plantea entre el bien y el mal –los cuales se consideran una dualidad faltada de perspectiva–, sino entre la consistencia o la inconsistencia de una determinada acción, actitud o decisión.

Ante la realidad y la acción que se desarrolla en ella, uno no es protagonista, sino observador. No hay un yo que deba elegir o sentirse elegido; se trata de descubrir que no hay ningún yo, sino únicamente el flujo incesante de lo Real, en el cual hay que lograr introducirse sin interferir.

La conciencia se dirige a la *atención vigilante*, mediante la cual cada acto puede convertirse en un rito, es decir, en una ocasión de religación con el Todo. De ahí que respirar, caminar, comer, servir una taza de té o incluso ducharse o limpiarse los dientes puedan convertirse en otros tantos actos religiosos. Se trata de tomar conciencia de lo que es y lo que acontece en cada momento, y ello es lo que otorga la sacralidad a cada instante. La conciencia corporal es el primer vehículo para la práctica de la interiorización. Las posturas (âsanas) y las técnicas de respiración del yoga, del Zen y del *Vipashana*, los ejercicios de *Tai Chi* y *Chi Kung*... no buscan otra cosa que esa unificación del cuerpo y la mente con el Todo que trasciende la propia individualidad. Esta unificación, posibilitada por la *atención vigilante*, es lo que logra la interiorización de la acción, la cual no se obtiene por medio de una reflexión ética de la decisión, sino a través de la transparencia al momento presente.

Desde esta perspectiva, Thich Nhat Hanh, monje budista vietnamita asentado desde los años setenta en Occidente, hace la siguiente interpretación de la Eucaristía:

«La sagrada Comunión es una potente campana de *atención vigilante*. Bebemos y comemos todo el tiempo, pero generalmente sólo ingerimos nuestras ideas, proyectos, preocupaciones y ansiedad. Si nos permitimos entrar en contacto profundo con nuestro pan, renaceremos, porque nuestro pan es la vida misma. Comiéndolo con profundidad, tocamos el sol, las nubes, la tierra y todo el

6. Consiste en llegar a percibir cada parte desde el Todo, mientras que el método occidental trata de percibir el Todo en cada parte.

universo que está contenido en él. Entramos en contacto con la vida y con el reino de Dios»⁷.

Estas palabras –que están faltas, sobre todo, de su dimensión cristológica– no agotan el significado de la Eucaristía, pero sí arrojan una luz nueva que es enriquecedora. Esta referencia al ámbito litúrgico nos da pie para señalar que con frecuencia nuestras celebraciones están demasiado saturadas de palabras y escasas de silencio. El culto es la estilización del acto que se convierte en rito y donde la acción humana adquiere toda la densidad del gesto que abre una hondura que le trasciende. La liturgia ofrece un tiempo y un espacio privilegiados donde poder interiorizar y personalizar tanto la acción como las palabras. Sin embargo, nos derramamos en ellas sin dar tiempo a que se recojan. Y como palabras ya se dicen en muchos otros lugares, cada vez serán menos los que acudan a escucharlas mientras no seamos capaces de conducir las adentro.

5. El indispensable discernimiento y la fidelidad a alguna práctica

Con todo ello hemos tratado de clarificar diversos accesos a la interioridad. Y hemos tratado de transmitir que en la vida de las personas y en sus procesos espirituales se dan distintos momentos. Esto hace que haya un tiempo para nutrirse del estudio y la meditación de la Palabra de Dios, y otro tiempo para dejar que fermente en el Silencio; que haya un tiempo para discernir y tomar decisiones, y otro tiempo para gustar simplemente de la conciencia de que se es; que tan importante es contemplar el Rostro de Cristo en un Icono y el rostro de los humanos por la calle como suprimir el soporte de toda imagen para poder sentirse parte de ese único Rostro; o que tan importante es saber interiorizar una jornada a través del examen de conciencia como acostarse siendo consciente de la propia respiración.

Lo que hace adecuada una determinada práctica es que esté ajustada al momento espiritual de cada uno. Porque lo que puede ayudar en un determinado período de la vida puede ser obstáculo en otro. El peligro de las prácticas orientales es eludir las decisiones.

7. *Buda viviente, Cristo viviente*, Kairós, Barcelona 1996, p. 43.

El peligro de las prácticas occidentales es no trascender el plano ético y mental.

En cualquier caso, para cultivar la interioridad necesitamos proteger determinados tiempos y espacios diarios de silencio e incorporarlos a nuestra cotidianeidad. Lo que está en juego es ponernos en contacto con las profundidades de lo real, donde el Señor de la vida late en nosotros y en cada ser. Así, nuestras palabras podrán ser escucha y expresión de su manifestación en el mundo, y nuestra acción participación en el ascenso de la historia hacia Él.

Talleres de interioridad: una propuesta pastoral

Elena ANDRÉS, Jordi OSÚA y Josep OTÓN*

Introducción

Un grupo de personas comprometidas desde hacía años en diversas actividades pastorales nos reunimos con en el objetivo de buscar nuevos cauces para desarrollar la dimensión espiritual en las nuevas generaciones de jóvenes. Partíamos de nuestra propia experiencia personal en este campo, así como del interés que están despertando en nuestro entorno las nuevas formas de espiritualidad. Por otra parte, todos éramos profesionales de la educación y teníamos la necesidad de integrar las estrategias educativas aprendidas por medio de la práctica profesional con la dimensión comprometida de la fe.

El resultado de este interés común han sido los *Talleres de Interioridad* (TI). El concepto «taller» evoca un espacio donde se construye o repara algo. Un taller es un lugar donde se realiza un trabajo eminentemente práctico, donde se aplican determinados posicionamientos teóricos y se aprende a utilizar diversas herramientas y técnicas. La palabra «interioridad», por su parte, evoca ese mundo misterioso que se encuentra a caballo entre la psicología y la espiritualidad.

Los objetivos de estos *Talleres de Interioridad* (TI) son dos:

- 1) unificar la persona, tanto en su dimensión física como en la psicológica y espiritual;
- 2) construir la unidad con los demás, con la naturaleza y con el Absoluto.

* Profesora de Música y de Religión, Profesor de Educación Física y Profesor de Historia, respectivamente. Barcelona.

Por tanto, los contenidos esenciales de estos TI son el trabajo corporal, la integración emocional y la apertura a la trascendencia:

a) El trabajo corporal

Por medio de técnicas de relajación, conciencia corporal, ejercicios de estiramiento y ritmos respiratorios se intenta potenciar el equilibrio físico y unificar el cuerpo con la dimensión interior de la persona.

b) La integración emocional

A través de las dinámicas, de la reflexión personal, del diálogo y del acompañamiento individualizado, se pretende aportar herramientas que permitan el autoconocimiento, pero también el descubrimiento de la individualidad del otro.

c) Apertura a la trascendencia

Partiendo de la experiencia interior generada a través de ejercicios sencillos de iniciación a la meditación, se intenta llevar a los participantes en los TI a plantearse las cuestiones fundamentales de la condición humana.

1. Técnicas utilizadas

Para trabajar los aspectos antes descritos, en los TI se utilizan diversas técnicas procedentes de distintas disciplinas profesionales, pero profundamente enraizadas en la tradición espiritual cristiana.

1.1. El trabajo corporal

Jean-Jacques Rousseau, uno de los inspiradores de la pedagogía moderna, considera en su célebre «Emilio» que «*es un error imaginar que el ejercicio perjudica las operaciones del espíritu*», y afirma: «*es precisamente a causa del alma por lo que hay que ejercitar el cuerpo*». De esta forma, defiende la integración de las diferentes dimensiones del hombre para su crecimiento y maduración como persona.

Pero esta visión integradora no es nueva. La concepción judeocristiana del cuerpo, procedente de la tradición bíblica, define al ser humano como una unidad psicósomática (*basar y nefes*) que acoge en sí la divinidad (*ruah*), integrando de se modo las dimensiones

biológica, psicológica y espiritual. Tanto en la tradición bíblica como en la historia de la espiritualidad cristiana, son numerosos los ejemplos de cómo el cuerpo es una mediación que expresa, manifiesta, transmite y genera experiencia espiritual. Además, otras tradiciones religiosas también disponen de prácticas y gestos corporales para relacionarse con la trascendencia. Ejemplo de ello son las diferentes posturas para la práctica del yoga o del zen, los movimientos del tai-chi, los ejercicios respiratorios del pranayama, la caminata de poder de los amerindios o las danzas de los cultos de las religiones africanas.

Por tanto, partiremos de la concepción del cuerpo como un medio en el proceso de convertirse en persona (K.G. Dürckheim). El abanico de actividades corporales utilizadas con este propósito es muy amplio. De todas ellas vamos a centrarnos en tres, por su sencillez y aplicabilidad en cualquier situación y contexto: la conciencia corporal, la respiración y la relajación. Así lo recomienda William Johnston:

«Aprende a respirar y verás cómo, a medida que tu respiración va haciéndose lenta y rítmica, tu cuerpo experimentará una paz y una quietud más profundas. Aprende a ser consciente de tu cuerpo. Aprende al mismo tiempo a relajarte. Todo esto te ayudará a tener un “cuerpo orante”».

1.1.1. Conciencia corporal

«Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo»
(1 Cor 6,20)

La mente en el estado consciente se encuentra normalmente des centrada. Esta dispersión supone una falta de atención que afecta también al cuerpo físico. La conciencia corporal, como indica la expresión, es la capacidad de ser conscientes de nuestro estado corporal, y para ello es necesario focalizar la mente en las sensaciones corporales que percibe.

La unidad que existe en las profundidades del hombre se manifiesta como fragmentación en la superficie. El trabajo de conciencia corporal permite re-ligar las diversas dimensiones de la persona, puesto que a través de la atención en el cuerpo podemos acceder a nuestras emociones y relacionarnos con Dios.

«Por el mero hecho de concentrarme y escuchar la voz de mis sentimientos y de mi cuerpo, llego a detectar con precisión qué obstáculo exacto me bloquea y qué culpa concreta me atenaza (...). Escuchar la voz del cuerpo significa tomar en serio los elementos cognitivos de la psicósomática y preguntar a cada síntoma qué nos tiene que decir (...). Tengo que intentar percibir en la voz de mi cuerpo la voz de Dios que me habla de mi verdadero estado y me señala los pasos que debo dar en el camino espiritual. Puedo sentirme agradecido cuando mi cuerpo se convierte en tambor de resonancia de la voz de Dios que me previene contra caminos equivocados. El que no logra oír la voz de Dios en las expresiones de su cuerpo corre un grave peligro de pasar al borde de su propia realidad sin vivirla y extraviarse sin remedio»¹.

Pero esta conciencia, esta imagen corporal, no responde únicamente a la situación objetiva construida por las sensaciones, sino que, además, su percepción depende de la vivencia del propio cuerpo, es decir, de la interpretación subjetiva de las sensaciones según nuestra psicología, configurada por los esquemas mentales y los acontecimientos de nuestra historia personal. Estudios recientes muestran que personas con una parte del cuerpo amputada siguen teniendo la sensación de tener el miembro que «físicamente» ya no poseen. Esta «percepción subjetiva» puede ser de gran utilidad para el autoconocimiento, más allá de la realidad física. Tal y como decía el sabio Epicteto, «*el hombre no está disturbado por las cosas, sino por la visión que tiene de las cosas*».

Por último, la conciencia corporal nos permite adoptar una posición idónea para la oración. La postura del cuerpo siempre ha sido un elemento muy importante en la vida espiritual, porque forma parte de un lenguaje que predispone a nuestro interior a entablar el diálogo con la trascendencia: «*La experiencia humana demuestra que la posición y la actitud del cuerpo no dejan de tener influencia sobre el recogimiento y la disposición del espíritu*» (Gaudium et Spes, n. 26).

1. A. GRÜN – M. DUFNER, *La salud como tarea espiritual*, Narcea, Madrid 2001, p. 79.

1.1.2. La respiración

«¡Todo cuanto respira alabe a Yahvé!»
(Sal 150,6)

Las diferentes tradiciones religiosas han relacionado la respiración con la vida espiritual. Por tal motivo, esta actividad fisiológica se ha convertido en un símbolo de la trascendencia. En realidad, respiración y espíritu provienen de la misma raíz latina, *spirare*, que significa «soplar».

La respiración también ha sido utilizada como camino de interiorización para relacionarse con la trascendencia. En la tradición cristiana, el ejemplo más claro es el del movimiento hesicasta, práctica monástica procedente de la Iglesia oriental que fue popularizada en los siglos XIII y XIV. Estos monjes utilizaban una respiración rítmica, junto con la fijación de la vista en el corazón, estómago y ombligo, para ahondar en el misterio. El origen de esta tradición puede encontrarse en los Padres del desierto. En el siglo VI, san Juan Clímaco ya recomendaba este tipo de oración: «*une el recuerdo de Jesús con tu respiración, y así encontrarás el verdadero sentido de la hesyquía (silencio)*».

Esta forma de oración está recogida en el popular libro «El peregrino ruso», donde el monje que guía al peregrino cita a san Simeón el Nuevo Teólogo:

«Siéntate solo y en silencio. Baja la cabeza, cierra los ojos, exhala suavemente e imagina que miras dentro de tu corazón. Lleva la mente al corazón. Cuando exhales, di: “Señor Jesucristo, ten piedad de mí”. Dilo moviendo los labios suavemente o dilo simplemente en tu mente. Trata de apartar todos los otros pensamientos. Ten calma, sé paciente, y repite el proceso con frecuencia».

Pero, además, la respiración puede ser un cauce para enviar mensajes a nuestro interior. Para ello la respiración puede ir acompañada de palabras o pensamientos (como en el citado caso de la oración de Jesús) o de imágenes. San Ignacio de Loyola, en sus «Ejercicios Espirituales», nos habla de la oración por «anhélicos», que permite al orante hacer de su respiración un vehículo para su relación amorosa.

«El tercer modo de orar será por compás... con cada un anhelito o resollo se ha de orar mentalmente diciendo una palabra del Pater

noster... mientras durare el tiempo de un anhélito a otro, se mire principalmente en la significación de la tal palabra, o en la persona a quien reza, o en la baxeza de sí mismo» [258].

A través de esta comunicación se pueden despertar capacidades o drenar contenidos psíquicos negativos. Por este motivo se recomienda imaginarse, al respirar, que en cada exhalación se van todas las preocupaciones, tensiones y angustias en una nube gris, y que en cada inhalación se llena el cuerpo de luz, calor y cariño.

1.1.3. *La relajación*

«Mantengo mi alma en paz y en silencio,
como niño destetado en el regazo de su madre»
(Sal 131,2)

La palabra «relajación» proviene del verbo latino *relaxare*, que significa aflojar, soltar, liberar, descansar. Las técnicas de relajación tienen su origen en las prácticas religiosas de las diferentes tradiciones, aunque actualmente se han popularizado, debido a su utilización por parte de la psicología moderna con fines terapéuticos.

La relajación profunda ha estado siempre vinculada a la experiencia espiritual. Francisco de Osuna, autor del «Tercer Abecedario Espiritual», describe este estado de la siguiente manera: *«Igualmente, hay otro en el que el alma está dentro, en su cuerpo, como en una caja muy cerrada, y allí se goza consigo misma con cierto calor espiritual que siente, desasida de los cinco sentidos como si no los tuviese, y no entiende nada que se pueda decir, sino que como un niño pequeño goza en el interior de su pecho con cierto placer; y querría no distraerse ni tener ojos ni oídos ni puerta por donde salir»*².

Santa Teresa, refiriéndose al recogimiento, afirma que *«el cuerpo se queda solo y desflaquecido»* (Camino 28,6). Este estado interior no es un simple «sentirse bien corporalmente», en el que parece que no se siente el cuerpo, sino que es un primer estadio de la oración contemplativa que nos permite *«entrar dentro de sí y ha-*

2. F. DE OSUNA, *Tercer Abecedario Espiritual*, tratado XXI, cap. 7.

blar, hablar con Dios» (Camino 28,2). Por tanto, es una puerta de entrada al interior que nos permite comunicarnos con la trascendencia.

La relajación constituye la disposición interior necesaria para que el misterio se nos revele. Es un estado de concentración que permite la escucha interior. Esta actitud es la que encontramos en la arquetípica María de Betania, atenta a las palabras de Jesús, mientras que su hermana Marta está agitada y dispersa, yendo de un lado a otro (Lc 10,39-40).

Además del diálogo con la trascendencia, este estado de relajación y atención nos permite explorar nuestro psiquismo. La relajación actúa como un amplificador de estados de conciencia a los que normalmente no tenemos acceso. A través de las técnicas adecuadas es posible burlar algunos mecanismos de defensa psicológicos y detectar bloqueos inconscientes que se manifiestan por medio de contracciones o tensiones musculares. Entonces se pueden localizar acontecimientos significativos de nuestra historia personal que resultan perjudiciales para la salud, porque están almacenados en determinadas partes de nuestro organismo. Este trabajo tiene, por tanto, un importante valor terapéutico. Tal como planteaba Shakespeare, *«da palabras y lágrimas a tu pena; si no, tu cuerpo se quejará»*.

1.2 La música

«¡Cantad a Yahvé un cántico nuevo!»
(Sal 96,1)

En el marco de la metodología que se aplica en los TI, la música tiene un papel que no es el de mera acompañante, sino que adquiere un protagonismo propio.

Si uno de los objetivos de los TI es abrir canales de comunicación con nosotros mismos, con los demás y con Dios, obviamente la música cumple una función insustituible por sus características objetivas y subjetivas. Por «características objetivas» entendemos los efectos de las ondas sonoras, de la vibración del sonido, sobre nuestra fisiología. El volumen, la altura y la frecuencia de la música inciden directamente en nuestra corporalidad. Estas características objetivas generan una respuesta que podemos considerar de tipo

subjetivo; es decir, moviliza los sentimientos del sujeto y, por lo tanto, genera respuestas de tipo emotivo. La utilización terapéutica de la música, o musicoterapia, es la mejor demostración del poder generador y *re-generador* de la música.

Por tanto, teniendo en cuenta las características objetivas y subjetivas de la música, queda claro que su utilización en un TI busca no sólo el goce sonoro, sino la apertura de determinados canales de comunicación. Por ello, cada momento en el desarrollo del *Taller* exige un determinado tipo de música y no otro.

Todas las grandes tradiciones espirituales generan una música acorde con la experiencia de la que parten. En la tradición católica, el canto gregoriano es el máximo exponente de una espiritualidad que busca la relación con Dios desnuda de cualquier artificio. Ese tipo de canto sagrado actúa sobre quien lo ejecuta y sobre quien lo escucha. La respiración necesaria para llevar a cabo las largas monodias gregorianas influye en el nivel de oxígeno que circula por la sangre y propicia un estado anímico muy especial en quien canta. En este sentido, enlaza con la tradición *hesicasta* de los monjes ortodoxos, en la cual la repetición del nombre de Jesús va acompañada de una forma de respirar concreta. Por otro lado, quien escucha el canto gregoriano se siente de alguna manera, consciente o inconscientemente, abismado en unos horizontes de armonía y equilibrio impresionantes.

Todo lo anterior no son sino unos brevísimos apuntes del significado de las manifestaciones estéticas y culturales de cada tradición espiritual. Pero en todas ellas la música es utilizada como vehículo en la relación con Dios. La música expresa una vivencia interior y, a la vez, propicia el regreso a esa experiencia que la generó o el adentramiento en otra nueva; es decir, puede situarse como efecto y como causa de determinadas experiencias humanas y espirituales. Santa Teresa de Jesús nos relata en el libro de su vida que fue durante la recitación cantada de la secuencia del Espíritu Santo cuando tuvo la experiencia que le condujo a la certeza de que ya nunca hablaría con seres humanos, sino con ángeles. Otra gran mujer de la historia del cristianismo, Hildegarda von Bingen, generó un volumen ingente de composiciones musicales para las celebraciones de sus monjas, composiciones que expresan a la perfección su espiritualidad. San Francisco de Asís compuso el maravilloso «Cántico de las Criaturas» cantando en plena noche oscura por las laderas de un monte.

No nos faltan, ni mucho menos, ejemplos de cómo la experiencia espiritual genera una música y de cómo la escucha de una determinada música puede conducir al encuentro con Dios. Éste sería el caso de Paul Claudel, cuya experiencia de conversión se produjo mientras el coro de Notre Dame de París cantaba el Magnificat durante las solemnes Vísperas del día de Navidad de 1886. Otro ejemplo significativo es la experiencia de la filósofa y activista libertaria Simone Weil durante los oficios de Semana Santa de 1938 en el monasterio benedictino de Solesmes. Y también la conversión del filósofo Manuel García Morente mientras escuchaba por la radio la pieza *L'enfance de Jésus*, de Berlioz, en su exilio parisino el año 1937.

Los adolescentes y jóvenes que participan en los TI proceden de un mundo lleno de música, que es cada vez más variada y más entremezclada. Desde el *hip-hop*, que busca deformar lo preexistente, pasando por el *rap*, que nació como una forma de cantar hablando y de hablar cantado, y sin olvidar la música *máquina*, que utiliza frecuencias de sonido muy especiales, los oídos de nuestros jóvenes están habituados a grandes retos musicales y sonoros. Podríamos decir que estamos volviendo a un tipo de manifestación sonora muy parecida a la música anterior a la práctica polifónica. La música que se ha adueñado de los mercados musicales es eminentemente rítmica (música máquina) y de claras raíces étnicas (música celta, música africana...). Por otro lado, música e imagen se unen a las mil maravillas en el cine; todo el mundo busca las bandas sonoras de sus películas favoritas. Escuchar esa música ayuda a revivir las experiencias que generó la película. No hay más que pasearse y tomar nota del tipo de música que llena las estanterías de las grandes cadenas de venta de discos, y observaremos la enorme abundancia de lo étnico y de las bandas sonoras.

En los TI, por tanto, tienen cabida muchos tipos de música, siempre con una secuenciación que ayude a quienes toman parte en el *Taller* a movilizar determinadas dimensiones de su ser y a trabajar todos los sentidos y capacidades. Por esta razón, existe una total interrelación entre la música, el movimiento, la danza y la relajación.

Además de todo lo anterior, se intenta igualmente potenciar la creación de una expresión musical propia a través del trabajo de la voz, descubriendo en ella nuestra mejor aliada para expresar lo que siente y anhela nuestro ser. Muchas veces no conseguimos lo que anhelamos porque no sabemos expresar nuestros anhelos.

Desbloquear la capacidad expresiva, sobre todo a través de la voz, abre nuevos horizontes para expresar quiénes somos, quiénes queremos ser, y tantas cosas más.

1.3. Las dinámicas de grupo

«Anda y cómprate una faja de lino y te la pones a la cintura,
pero no la metas en agua»
(Jr 13,1)

En la práctica pastoral, la dinámica siempre tiene como horizonte llevar al grupo hacia la comprensión y aprehensión experimental de una verdad de fe, de un texto evangélico, etc. En este mismo sentido, los TI utilizan esta técnica para propiciar experiencias que movilicen al adolescente en el plano humano y espiritual. En ocasiones, la dinámica aparece inmediatamente después de una pequeña introducción teórica, como momento de vivenciar lo que se acaba de exponer; y en otras ocasiones es la misma dinámica la que conduce al grupo a una reflexión en torno a lo experimentado.

Las dinámicas que se utilizan nunca son completamente cerradas, sino que evolucionan en el mismo momento de llevarlas a cabo, en función del tipo de grupo que tenemos delante. Por lo tanto, la estructuración de las dinámicas pensadas para los TI difiere un tanto de su práctica tradicional, en la medida en que sirven de gran marco de referencia para el trabajo de algún aspecto humano y espiritual; pero nunca constriñen la marcha del grupo, que es el que marca qué hacer en cada momento.

Además, una dinámica utilizada en un *Taller* para ayudar a comprender el sentido de la fe puede servir en otro *Taller* para comprender la interioridad. De este modo, la utilización de la dinámica queda siempre circunscrita a las necesidades del grupo, en función de su edad, su formación humano-espiritual, su grado de inhibición o desinhibición, etc.

Podríamos decir que, hablando con propiedad, cada TI es en sí mismo una gran dinámica hecha de pequeñas dinámicas. No puede ser de otra manera, si nuestro objetivo es propiciar en adolescentes y jóvenes experiencias que les ayuden a mejor entenderse a sí mismos, a los demás y a Dios.

1.4. Visualización

Las diversas religiones y espiritualidades han ido desarrollando a lo largo de los siglos diferentes técnicas de diálogo con el interior, utilizando como intermediario la imaginación. Con este propósito, el arte religioso utiliza una iconografía referida a diversos mitos y relatos que evocan realidades del interior humano.

Por otra parte, por medio de técnicas de meditación, introspección e imaginación guiada, se puede enseñar al individuo a dialogar con su interioridad. Las imágenes mentales se convierten en significantes que permiten transferir información de la conciencia al interior, y a la inversa.

Actualmente, la técnica de la visualización está siendo muy utilizada por las diferentes espiritualidades alternativas, que gozan de tanta popularidad. Sin embargo, se trata de una técnica muy utilizada en la tradición cristiana y que conviene recuperar. San Ignacio, en los «Ejercicios Espirituales», recomienda hacer uso de la imaginación en los momentos de meditación:

«El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Christo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar» [47].

«El primer preámbulo es composición viendo el lugar; será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Christo nuestro Señor predicaba» [91].

Santa Teresa de Jesús, la otra gran maestra de oración del siglo XVI, aconseja imaginarse uno delante de Cristo y hablar con Él, utilizar la oración espontánea, no con fórmulas hechas, sino que, como dice Santa Teresa, se tiene que «discurrir», trabajar con la mente.

«Puede la persona representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él, pedirle por sus necesidades y quejarse de sus trabajos, alegrarse con Él en sus alegrías y no olvidarle por ellas, sin buscar fórmulas de oraciones, sino diciéndole palabras brotadas del corazón conforme a sus deseos y necesidades» (Vida, 12,2).

2. Ejemplo de un taller de interioridad

«Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»
(Mt 6,6)

Para mostrar cómo se concreta en la práctica un *Taller de Interioridad* describiremos uno realizado en la Casa de Ejercicios de la Cueva de Manresa con un grupo de jóvenes y adolescentes. La elección del lugar no era fortuita. En el año 1522, Ignacio de Loyola, de regreso de su peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, se retiró a la ciudad de Manresa, donde, recluido en una cueva, inició una vida de ayuno, pobreza, oración y penitencia. Después de un tiempo de turbación, dudas, escrúpulos e inquietudes, vivió una experiencia de Dios conocida como la «*ilustración del Cardoner*», junto al río que lleva este nombre.

Podemos interpretar de forma simbólica esta peregrinación de Ignacio de Loyola y entender que, en Manresa, entró en la «cueva» de su interior para explorar su dimensión críptica –en el sentido de cripta, capilla subterránea, pero también según su etimología griega, lo escondido, lo secreto a que se refiere Mt 6,6–, para vivir una profunda transformación y salir con una nueva sabiduría y con energías renovadas. Uno de los frutos de esta experiencia interior de Ignacio fue la redacción de los «Ejercicios Espirituales», un auténtico manual que describe el itinerario interior y que ha servido de referente para miles de personas que se han asomado a esta dimensión de la existencia.

Por este motivo, el tema que sirvió de eje vertebrador del *Taller* fue «la cueva», y todas las dinámicas y técnicas utilizadas eran una invitación a adentrarnos en la cripta interior. A lo largo del día se fueron alternando diversas actividades que podemos agrupar en tres bloques:

a) *Presentación del Taller*

La dinámica de los TI suele resultar muy novedosa y requiere ciertas explicaciones previas para encauzar las expectativas y ayudar a entender el sentido de cada actividad.

- * Explicación teórica sobre qué es un TI; qué es la interioridad (el ejemplo de la cripta); la dimensión individual, interpersonal y trascendente del trabajo sobre la interioridad; y las técnicas que se utilizarán a lo largo de la sesión.
- * Dinámica de presentación de los participantes.
- * La Cueva en la Biblia, en diversas mitologías, y la cueva de San Ignacio como símbolo del trabajo interior.

b) Actividades

La finalidad principal de las actividades de un TI es, utilizando la parábola evangélica, labrar el campo del interior en busca del tesoro escondido (Mt 13,44-45). Esto implica el uso de diversas técnicas, con el objetivo de centrar la atención sobre algunos aspectos de nuestra interioridad que en la vida diaria suelen pasarnos inadvertidos.

- * Trabajo de conciencia corporal: a través de música de percusión, son trabajados los elementos más primarios de la persona. A los ejercicios de conciencia corporal le sucede la danza y, finalmente, una tabla de estiramientos.
- * Exploración del lado oscuro: los participantes son invitados a caminar por la sala con los ojos vendados para escenificar el recorrido por la zona oculta de nosotros mismos (la cripta). La música de fondo, los salmos 130 y 139, así como la oración de Jonás en el vientre de la ballena (Jon 2,2-10), ayudan a motivar el ejercicio.
- * Dinámica con el sonido: a partir de la sonoridad de diferentes instrumentos (cuencos tibetanos), se propone expresar mediante la voz la música que brota del interior de forma espontánea.
- * Visualización: después de un ejercicio de relajación y respiración, se realiza una meditación a través de la imaginación guiada, utilizando símbolos significativos para el inconsciente.

c) Síntesis integradora

Todo el material psíquico (vivencias, emociones, sensaciones, dudas...), generado por las dinámicas precisa ser analizado, procesado y asimilado. En realidad, es materia prima que tiene que ser elabo-

rada en un trabajo posterior, donde interviene la reflexión personal, el acompañamiento individualizado y el trabajo en grupo. Todo TI tiene que finalizar con una sencilla puesta en común, en la cual hay que:

- * Responder preguntas y dudas que las dinámicas han suscitado
- * Verbalizar las vivencias personales generadas a lo largo de la sesión
- * Relacionar lo experimentado con la explicación teórica

3. Conclusión

Cada época y cada sociedad requieren una metodología específica para hacer presentes los valores del Evangelio en la vida –interior y exterior– de los hombres y mujeres que confluyen en una misma «ágora» cultural. La tradición espiritual cristiana tiene mucho que aportar a las nuevas generaciones que buscan en su interioridad las claves para construir un mundo mejor. Los *Talleres de Interioridad* son una propuesta pastoral dirigida a una sociedad que, a pesar del proceso de secularización, continúa experimentando la sed de la trascendencia y busca vías de exploración de su interior.

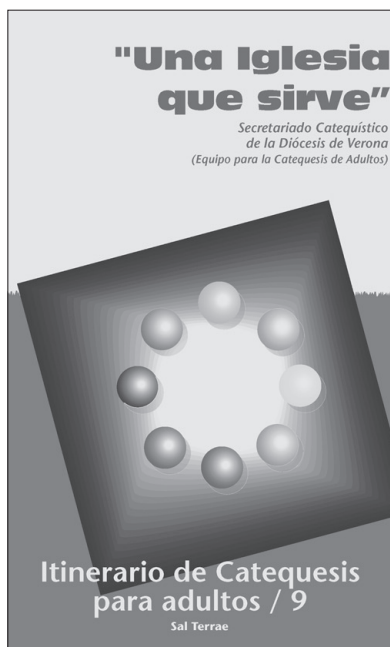
ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD



Este itinerario catequístico, noveno de la serie de catequis para adultos, toma en consideración algunos «retratos» de la vida de la comunidad cristiana al día siguiente de la Pascua. A este propósito se han escogido algunos de los textos más conocidos y significativos, tomados de los Hechos de los Apóstoles, de las Cartas de Pablo y del Evangelio de Lucas. El libro encuentra su unidad en torno a la figura de Cristo, que está en medio de su Iglesia «como el que sirve», garantizando en ella el mismo estilo de servicio mutuo gracias al don de su Espíritu.

En torno a este eje se desarrolla todo el itinerario, que recorre tres pasos esenciales, tres etapas que señalan de forma dinámica cómo nace y cómo vive la Iglesia del Señor Jesús. La lectura de los textos analizados en este recorrido no puede menos de llenarnos de asombro y disponernos para una participación responsable y generosa en la vida de las propias comunidades eclesiales.

216 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 13,50 €

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

NOVEDAD

LEONARDO
BOFF

Fundamentalismo



La globalización
y el futuro de la humanidad

ST
BREVES

Las tragedias nos revelan la inhumanidad de que somos capaces, pero también permiten que aflore lo que de verdaderamente humano habita en nosotros por encima de las diferencias de raza, de ideología y de religión. Y eso humano hace que lloremos juntos, que juntos nos enjuaguemos las lágrimas, que juntos oremos, busquemos la justicia, construyamos la paz y renunciemos a la venganza. Tras ofrecer una visión histórica del proceso de globalización y su relación con los conflictos de todo el mundo, se apuntan las alternativas de que disponemos para construir una paz duradera entre los pueblos.

En estas luminosas páginas, Leonardo Boff amplía nuestra comprensión de lo que es el fundamentalismo, mostrando que se trata de una forma de ver el mundo que no es exclusiva del islamismo, como se nos ha hecho querer ver tras el 11 de septiembre de 2001, sino que se da también en otras religiones, en la economía, en la cultura y en nuestra propia cultura.
96 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 6,00 €

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Desarrollo, participación y cooperación

Jorge CELA, SJ*

Al hablar de desarrollo, nos referimos a algo relativo y objetivo. Sabemos que tiene algo de relativo: la España del Siglo de Oro quizá sería considerada subdesarrollada con los parámetros que usamos hoy. Pero hay algo de objetivo: los millones de personas en condiciones de extrema pobreza en América Latina no son una consideración subjetiva. Ahora bien ¿dónde ponemos la frontera entre desarrollo y subdesarrollo? A nivel de la teoría del desarrollo, Amartya Sen, el premio Nobel de Economía, hizo una importante contribución cuando propuso que el bienestar no se midiera por ingresos, sino por «capacidades», es decir, por lo que las personas son capaces de hacer, porque ello admite una definición a partir de la cultura del sujeto¹. Esto enfatiza la dimensión relativa del desarrollo sin quitarle su condición objetiva.

El mundo desarrollado tiene sus propias ideas sobre lo que necesitan los países pobres. Sabe, por ejemplo, que sin educación no hay desarrollo. La cooperación solidaria se centrará entonces en aportar para la educación. Pero ¿cómo funciona el sistema educativo en la cotidianidad de la pobreza? En la extrema pobreza, la búsqueda de la supervivencia organiza el diario vivir, y las inversiones a largo plazo, como la educación, están fuera de horizonte.

* De «Entreculturas-Fe y Alegría». Centro de Estudios Sociales «P. Juan Montalvo» (República Dominicana).

1. Sévérine DENEULIN – Pablo MELLA, «La Pobreza en la República Dominicana. En Búsqueda de una Nueva Perspectiva de Análisis para la Práctica»: *Estudios Sociales* 128 (abril-junio 2002), p. 85.

Treinta años atrás, los jóvenes percibían la educación como el camino de salida. Por eso hacían cualquier esfuerzo por recibirla. Pero la realidad actual les muestra que hay caminos más expeditos para alcanzar lo que Pedro Trigo ha llamado «la vida buena». Los salarios de muchos profesionales no les han permitido cambiar significativamente su calidad de vida. Sin embargo, la migración, el tráfico de drogas y la prostitución producen entradas de dinero mucho mayores con menor esfuerzo. Muchos/as jóvenes prefieren estos caminos. Por otra parte, una de las profesiones que más han sufrido por los bajos salarios es la de los educadores. La educación pública ha bajado notablemente su calidad, desmotivando aún más a los/as estudiantes.

Por todo ello se hace necesario partir de la participación de los protagonistas de los procesos educativos (profesores/as, estudiantes, familias y comunidad) para encontrar soluciones adecuadas. Muchos proyectos de desarrollo han fracasado porque fueron diseñados sin participación de los actores centrales. Entonces los criterios elaborados en otro contexto, tan válidos como la participación, la dimensión de género, etc., no fueron inculturados correctamente. Muchas agencias de cooperación, con la mejor voluntad, han cometido este error. La tierra sólo es sostenible si la construimos desde el diálogo entre las culturas. Por eso es tan importante la cooperación como espacio diferente de relación intercultural, donde la gratuidad permite recuperar dimensiones de la vida humana que la competitividad comercial ahoga.

Otro aporte de la participación es la transparencia. La forma de organizar el poder como excluyente, que sería la negación de la democracia, ha llegado a ser en muchos de nuestros países el modo de funcionamiento de la democracia. Tenemos que revisar nuestra concepción del poder para ir hacia una visión de poder incluyente, basado en la negociación y el diálogo, en la participación de diversidad de actores, que permitiría, entre otras cosas, superar las prácticas de corrupción administrativa.

Pero el proceso de participación no es fácil. Porque para participar hay que constituirse como sujeto. En este caso se trata de un sujeto social, colectivo. Se trata de un grupo de personas que se perciben como un sujeto, con una identidad colectiva. A veces esta identidad colectiva es una identidad vergonzante. Este sujeto tiene que recuperar su autoestima, con frecuencia golpeada por muchos lados: pobre, inmigrante, mujer, analfabeta... Necesita descubrir

que tiene algo que aportar, que es importante y quizá imprescindible; que es sujeto de derechos y deberes y que, por tanto, no tiene que pedir como limosna aquello a lo que tiene derecho.

La solidaridad tiene que ser pasión inteligente en favor de personas con rostro y con voz. Y esto tiene que concretarse en metodologías participativas que permitan a los pobres pasar a ser los sujetos protagonistas de su propia historia.

Las Agendas de Desarrollo Local

Las Agendas de Desarrollo Local buscan convertirse en una metodología de desarrollo centrada en la participación. El proceso comienza cuando un barrio solicita acompañamiento. Se convoca a todas las instituciones que inciden en el barrio: juntas de vecinos, iglesias, escuelas y asociaciones de familias, clubes juveniles, ONGs, etc. Con ellos se forma al equipo coordinador, que realiza un diagnóstico para descubrir los problemas y los recursos que existen en la comunidad. Después se procede a seleccionar las prioridades para la acción. Seguidamente, se inicia un proceso de planificación en el que se van a identificar problemas en los que se quiere intervenir, resultados que se esperan alcanzar, acciones a ejecutar y posibles aliados para lograrlo. El objetivo es constituir comunidades autónomas capaces de forjar su futuro.

Para el desarrollo se requiere, pero no basta, la participación

Hasta ahora hemos insistido: sin participación, las acciones pro-desarrollo tienen más probabilidades de no acertar. La participación es, además, un derecho. Sin embargo, la participación por sí sola no es suficiente. Porque si es verdad que la pobreza es exclusión, no es verdad que se trate de exclusión únicamente de la mesa de discusión y de los espacios de poder político. La pobreza es el fruto de la exclusión como pieza fundamental del sistema social.

La globalización ha logrado convertir el mundo en un único y gran mercado donde todos competimos y donde los más pobres pierden y son eliminados. ¡Qué lástima, no haber sido capaces de construir una globalización que hiciera del mundo una gran familia donde los más débiles no fueran eliminados por selección natural,

sino que encontraran las posibilidades que la racionalidad afectiva de la humanidad ha sido capaz de construir para todos y todas...!

Hay una convicción profunda de que somos siempre con otros, y que esos otros van mucho más allá de las fronteras que podemos ver y alcanzar. Que los excluidos son también ciudadanos y ciudadanas de este mundo, con iguales derechos y deberes que nosotros. Que la otra clase, raza, nación, religión... es aquello en lo que la ha convertido su relación con nosotros. Que nosotros desvelamos quiénes somos al relacionarnos con los otros. Por eso la cooperación no es una necesidad de los pobres. Es una necesidad de todos y de todas. Es la única manera de vivir dignamente nuestra condición humana en este siglo XXI.

Podemos decir que para el desarrollo hace falta, pero no basta, la participación de los pobres desde sus organizaciones y comunidades: hace falta la participación de todos y todas.

LAS BIENAVENTURANZAS

1. **Patricio, una rosa y la primera bienaventuranza**

Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ*.

Faltaban pocos minutos para que el reloj dorado de la capilla de San Mateo marcara las cuatro de la tarde. Era un soleado miércoles del casi veraniego mes de junio. Fue en ese día cuando, por fin, me encontré de nuevo con mi buen y fiel amigo Roberto Ravasi; juntos recordamos tiempos pasados y hablamos sobre una de nuestras pasiones compartidas: la Biblia. Encontré bien a Roberto; exteriormente, un poco más gordo y con alguna arruga más; su ánimo, expresividad y vitalidad seguían siendo las habituales.

Apenas nos hizo falta medio minuto para iniciar nuestra conversación. Los dos estábamos muy contentos por el reencuentro; yo, sin embargo, todavía bastante sorprendido por el hecho de que la cita tuviera lugar en un lugar tan silencioso: un cementerio de una bonita ciudad europea.

– ¡Cuánto me alegra verte! –me dijo Roberto justo cuando sonaban las campanas del reloj de la capilla de San Mateo–. ¡Cuánto me alegra, además, que podamos escucharnos y hablar de todo lo que más nos gusta!

La primera hora de nuestro encuentro transcurrió a toda prisa; recordamos a amigos/as comunes, comentamos algunos acontecimientos recientes, hicimos mención de alguno de los trabajos que

* Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

nos traíamos entre manos. Fue casi a las cinco de la tarde cuando, a raíz de una referencia mía a un estudio reciente sobre la primera de las bienaventuranzas del evangelio de Mateo (*felices los que tienen espíritu de pobres, porque el reino de los cielos es suyo*), Roberto me interrumpió y me dijo en un castellano casi perfecto:

– Eso es, hablemos detenidamente sobre esa bienaventuranza, sobre la que tantas páginas se han escrito hasta el momento; hablemos sobre su significado, su sentido, su interpretación. Hagámoslo en este lugar tan silencioso, en esta tarde tan soleada y luminosa. ¡Ay, suspiró profundamente, qué buenos recuerdos me trae este lugar...! Sí, fue precisamente aquí, en el otoño pasado, en una tarde tan soleada como la de hoy, cuando Patricio Palavicino, un joven del que en seguida te hablaré, me ayudó a comprender un poco mejor por qué él, que lleva sentado en una silla de ruedas más de treinta años, es dichoso y pobre de espíritu.

Sollozad, rosas, pues sois flores de amor

Sin que yo tuviera tiempo de reaccionar a sus últimas palabras, Roberto comenzó a recitar en alta voz un bello poema de Federico García Lorca. Se trataba de *La oración de las rosas*¹, del que se han entresacado las palabras que titulan este apartado. Al instante, fijó en mí sus ojos y me dijo con voz solemne:

– También él, Patricio Palavicino, estuvo aquí el día en que despedían y enterraban a su padre; lo hizo sentado en su silla de ruedas y portando en sus frágiles manos una bella rosa. Sí, también él estuvo aquí.

Justo en ese momento, pasó junto a nosotros una familia bastante numerosa, que se dirigía a una de las tumbas del cementerio portando un bonito ramo de rosas. Inmediatamente fijé mis ojos en ellas. De reojo pude ver cómo también Roberto disfrutaba contemplando el citado ramo. Cuando la familia estaba ya lejos de nosotros, me dirigí a mi buen amigo Roberto:

– Anda, cuéntame algo más de Patricio, cuéntame sus secretos, cuéntame lo que tanta huella ha dejado en ti.

Tras dos palabras rápidas sobre la ciudad en que vivía Patricio, Roberto comenzó a hablarme del día en que lo conoció, del día en

1. Cf. F. GARCÍA LORCA, *Obras completas*, Tomo I, Madrid 1987, 989.

que conoció también a su madre, Rina, y a su hermano Carlo. Era el día en que murió Mauricio, el padre de Patricio, hombre bueno y trabajador, que hasta unos meses antes de su muerte, provocada por una grave deficiencia cardíaca, había gozado siempre de buena salud.

Mauricio murió a primera hora de la mañana de un día de junio. A última hora de la tarde de dicho día, Patricio, su madre y su hermano se personaron en casa de Roberto, quien, además de ser biblista y escritor, ayudaba generosamente en una pequeña parroquia. Querían preparar con Roberto el funeral de Mauricio, que se iba a celebrar unos días después. Querían también expresar su pena por la pérdida del ser querido y su agradecimiento por tanto bien recibido. Patricio, sin embargo, no dijo ni una sola palabra; se limitó a saludar y despedir a Roberto. Al fin y al cabo, su deficiencia física y, sobre todo, mental le impedía ejercitar su capacidad de hablar. Patricio tenía 32 años, y tampoco podía andar ni moverse con facilidad. Ni siquiera su aspecto físico le acompañaba mucho; en su rostro se podían observar rasgos de una deficiencia evidente; además, unas gafas muy grandes, con las que podía suplir el elevado número de dioptrías que tenía, cubrían más de la mitad de su feo y deslucido rostro.

Roberto quedó impresionado por la breve visita de aquel día: por las palabras escuchadas, por el modo de recordar el pasado vivido y, sobre todo, por la presencia de Patricio. Quedó tan impresionado que, en cuanto los despidió, subió al piso de arriba de la parroquia, al pequeño apartamento que le habían prestado para guardar alguno de sus libros, para leer de nuevo Mt 5,3: *felices los que tienen espíritu de pobres, porque el reino de los cielos es suyo*. Mi amigo leyó el pasaje más de una vez; lo hizo –así me lo subrayó repetidamente– para decir en alta voz y hacer suyas aquellas palabras que, casi con toda seguridad, pronunció el mismo Jesús. Como señala Jan Lambrecht, afamado exegeta, no hay motivos para dudar de que las tres primeras bienaventuranzas que aparecen en Mt 5,3-5 se remontan a Jesús, quien anuncia en un tono alegre la iniciativa graciosa de Dios a los pobres, a los afligidos y a los mansos².

Como hacía habitualmente al acabar la jornada, Roberto preparó su frugal cena: una ensalada de tomate y mozzarella, un poco de fruta y un yogur. Mientras lavaba la lechuga y partía los tomates, no

2. Cf. J. LAMBRECHT, «*Pero yo os digo...* El sermón programático de Jesús (Mt 5-7; Lc 6,20-49)»: *BEBi* 81 (Salamanca 1994), 56.

podía dejar de recordar la citada visita; no podía dejar de recordar lo que esas tres personas, hasta entonces para él desconocidas, le habían transmitido.

¡Qué sería la vida sin rosas!

Pasadas las 5 de la tarde, el brillante y resplandeciente sol me deslumbró. Me llevé los dedos a los ojos, me los froté suavemente y, después de limpiarlas con cuidado, me puse de nuevo las gafas que utilizo habitualmente. Roberto pensó que su relato me adormecía, y me preguntó si me estaba aburriendo.

– ¡En absoluto! Al contrario, es tan interesante que ni siquiera me he preocupado de protegerme de los rayos del sol, que tanto afectan a mis ojos. Anda, sigue adelante, y cuéntame qué es lo que sucedió el día del entierro de Mauricio, el día en que también Patricio estuvo aquí, acompañando, junto a sus familiares, el cuerpo sin vida de su padre.

Roberto necesitó solamente unos pocos segundos para retomar su relato. Tras respirar profundamente, pronunció la frase que titula este apartado, que también está tomada de *La oración de las rosas* de Federico García Lorca. A renglón seguido, me agarró del brazo y me hizo dar unos pasos en dirección noroeste. Al llegar a la tumba de Mauricio Palavicino, exclamó:

– ¡Ahí precisamente estaba Patricio aquel día a primera hora de la tarde; ahí estaba, sentado en su silla de ruedas y con una rosa entre sus frágiles dedos!

Roberto se quedó un momento en silencio. Me dio la impresión de que el recuerdo de lo vivido aquel día le sobrecogía. Sin que yo le dijera nada al respecto ni le instara a continuar su exposición, se acercó a mí, fijó sus ojos en mi mirada, y me declaró:

– Sí, ahí estaba el enclenque, deslucido y feo Patricio; ahí estaba uno de esos a los que Jesús llamó *pobres de espíritu*, esos hombres y mujeres que, según la primera bienaventuranza del evangelio de Mateo, son, *o bien personas realmente pobres e interiormente desprendidas, o bien personas interiormente desprendidas, sea cual sea su situación material*³. Te confieso sinceramente, me indicó con

3. Cf. *ibid.*, 63. En esa misma página se pueden encontrar mencionados dos modos más de interpretar la citada expresión. Puede verse también H.B.

cierta solemnidad, que al verlo sentado en su silla de ruedas, con su rosa entre sus dañadas manos, y acompañado por su madre y su hermano, que estaban de pie a su derecha y a su izquierda, recordé instantáneamente el gozo y la felicidad que experimentó y expresó Jesús durante muchos momentos de su vida, en los que declaró felices a los necesitados y desgraciados.

En seguida percibí que no era oportuno interrumpir el desarrollo que había comenzado a hacer Roberto, que se mostraba ansioso y hasta inquieto por aclararme con más exactitud el sentido del binomio mencionado: *Patricio – pobres de espíritu*. Por eso, di un paso adelante y, a pesar de que la luz del sol podía serme todavía más molesta, abrí y alcé mis ojos, transmitiendo de ese modo a mi amigo mi interés por escuchar sus explicaciones.

Recuerdo también que en ese momento se rascó un poco la nariz y se golpeó suavemente la frente. Inmediatamente comenzó a recordar algunas características de la vida de Patricio, el pobre de espíritu. Me habló de que su incapacidad para moverse y desplazarse y para desarrollar cualquier actividad cotidiana no le supuso nunca una dificultad insalvable para vivir con dignidad su existencia. Me habló también de que ni su propio atractivo físico ni su escaso desarrollo intelectual le impidieron manifestar repetidamente su felicidad por vivir, felicidad que pudo y supo transmitir a los que le rodeaban.

– En concreto, dijo Roberto, a su padre, que se ocupó de él de manera ejemplar desde el día en que nació. Mauricio lo cuidó con esmero en todo momento. Nunca tuvo reparos en asumir la condición de su hijo. Lo cual no significa que le resultara fácil aceptar que el primero de sus dos hijos estuviera marcado con más de una tara. Sé por referencias de Carlo, su hijo menor, que Mauricio soportó con mucha dignidad y generosidad la lucha que mantenían en su interior un guerrero llamado *ilusión frustrada por un primogénito lleno de vida y futuro* y otro contendiente, de nombre *hijo de mi sangre con rostro, con vida y con espíritu*. Por eso nunca, y al contrario de lo que hicieron ante el siervo del que habla el profeta Isaías, volvió o apartó su mirada del rostro de su hijo. Por eso siempre, y hasta que su salud y sus fuerzas se lo permitieron, se dedicó

GREEN, «Matthew, Poet of the Beatitudes»: *JSOT.S* 203 (Sheffield 2001), 189-206, donde se indica que el sentido de dicha expresión es *humilde delante de Dios*, sentido que siguen igualmente, entre otros, J. Dupont y U. Luz

con generosidad y gratuidad a colaborar en que se hiciera realidad eso que tanto predicó el maestro de Nazaret: felices los pobres de espíritu.

A medida que pasaban los minutos, y a medida que mi amigo me narraba alguno de los episodios que marcaron la vida de la familia Palavicino, sentí la necesidad de escuchar lo que se me estaba contando. De vez en cuando, movía la cabeza para expresarle mi admiración por lo que se me estaba manifestando. Por eso, sin que yo pronunciara ninguna palabra, Roberto prosiguió:

– Comprenderás mejor ahora, amigo del alma, por qué me atrevo a decir que Patricio es un pobre de espíritu. Fíjate, el día del entierro de su padre, casi al final del mismo, cuando estábamos sólo los familiares más cercanos junto a su tumba, me tocó dirigir la oración de todos los presentes. Juntos nos dirigimos a nuestro Padre común para pedirle que viniera a nosotros su Reino y que Mauricio participara ya definitivamente de ese Reino. Antes de que terminara nuestra común súplica, observé cómo se fueron retirando los hermanos del difunto y de su viuda y otros familiares muy cercanos (entre ellos estaba María, la mujer de Carlo, el hermano de Patricio), de manera que sólo Rina, Carlo y, por supuesto, Patricio se quedaron ante la tumba de Mauricio. El joven discapacitado estaba situado en el lugar central y portaba, como ya te he dicho hace varios minutos, una bonita rosa; los otros dos, a su derecha y a su izquierda. Me quedé mirándolos fijamente y, para no estropear un momento tan especial, dirigí la última invocación común antes de retirarme de su presencia definitivamente. Me despedí de los tres y, de camino hacia la sacristía del cementerio, repasé la imagen última que tanto me había impactado. Fue, desde luego, una casualidad de la vida el que sólo Patricio, su madre y su hermano quedaran alineados ante la tumba de su padre y esposo. Pero no por ello me conformé con que dicha casualidad pasara rápidamente por mi vida; al fin y al cabo, ¡suceden tantas casualidades en nuestra vida...! Por eso traté de comprenderla mejor; traté, como me gusta hacer frecuentemente en la vida, de hacer exégesis de dicha situación. En seguida recordé todo lo que había sido para Patricio la vida de Mauricio. Es cierto: todo lo que el joven deficiente podía poseer (la entrega, la generosidad, la dedicación y la vida de su padre) lo había perdido; ya no lo tenía entre sus manos. Probablemente, y a pesar de sus deficientes capacidades vitales, el hijo mayor del difunto pensó en su interior: *y ahora, que ya no tengo nada en la vida, ¿qué*

va a ser de mí? Probablemente también recordó en ese momento algo que había aprendido de su padre: la importancia de ser desprendido. Por eso, quizá, trataba de sostener entre sus manos esa rosa que alguien había cortado para él, rosa que quería entregar definitivamente a su padre. Puede que Patricio no conociera bien estos versos del poema de García Lorca citado: *¡Qué sería la vida sin rosas! / una senda sin ritmo ni sangre / un abismo sin noche ni día / ellas prestan al alma sus alas / que sin ellas el alma moría*. Lo que sí conocía y sabía el joven perfectamente era que su padre había sido para él lo que las rosas son para la vida: el ritmo y la sangre de su senda, las alas de su alma, la vida de su castigada existencia. Ahora que su padre ya se había ido, y porque de él había recibido ritmo, sangre, alas y vida, quería él también entregarle lo recibido, quería entregarle la rosa de su vida. De ese modo, Patricio quiso expresar junto a su madre y su hermano que era pobre y desprendido, es decir, que era pobre de espíritu.

De los que tienen espíritu de pobres es el Reino de los Cielos

La precisión y el detalle de mi amigo Roberto, así como su pasión cordial y su ser creyente me hicieron entender mejor el texto en el que se fijó Mateo para elaborar la primera de las bienaventuranzas: el texto de Q⁴ en que se dice que Jesús declara dichosos a los pobres. Como señala Jan Lambrecht, Jesús nos da a conocer quién es Dios cuando se dirige a la gente que es pobre y pasa penalidades, declarándola dichosa únicamente porque se encuentran en situación de pobreza y de aflicción⁵.

Además, me parece que fue un acierto por parte de Roberto el hacerme venir al cementerio en una tarde soleada de junio. Más en particular, el hacerme venir al cementerio en el que Patricio y su rosa, su madre y su hermano despidieron definitivamente a Mauri-

4. Según la teoría de las dos fuentes, Marcos es el evangelio más antiguo; de él dependen Mateo y Lucas. Los elementos comunes de estos dos evangelios, que no están en Marcos, proceden de una fuente Q, que toma su nombre de la primera letra del término alemán *Quelle*, que significa «fuente». Sobre la teoría de las dos fuentes puede verse: R. AGUIRRE MONASTERIO – A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (Introducción al estudio de la Biblia, 6), Estella 1992, 57-61,67-71.

5. Cf. J. LAMBRECHT, *op. cit.*, 54-55.

cio. El relato que mi amigo me contó me ayudó a comprender mejor la formulación de Mateo: *felices los que tienen espíritu de pobres*. Estaba yo repitiendo en mi interior alguna de estas formulaciones, cuando, de repente, Roberto tomó de nuevo la palabra:

– Amigo, no olvidemos recordar que Mateo indica que Jesús declaró felices a los que tienen espíritu de pobres *porque suyo es el reino de los cielos*. No olvidemos recordarlo, porque aquí está precisamente la gran paradoja de ésta y las demás bienaventuranzas, ya que, tal como lo señala José Luis Sicre, *las bienaventuranzas hablan de cosas evidentes que no necesitan justificación*. El hecho de que todas las bienaventuranzas vayan acompañadas de una justificación significa que Jesús no propone unos valores evidentes a primera vista; proclama dichosas a personas que mucha gente consideraría desgraciadas. Por eso se ve obligado a añadir una explicación⁶.

Por un momento me quedé más que pensativo, intentando darle vueltas a las palabras citadas del excelente profesor de Granada. Roberto me miró y percibió que algo se estaba revolviendo en mi interior. Con su habitual dulzura, se dirigió a mí en estos términos:

– Anda, vamos a dar un último paseo por el cementerio.

Con el dedo índice de su mano derecha me señaló el camino que podíamos tomar. Sólo habíamos dado tres o cuatro pasos cuando, de nuevo, recordó los días posteriores al entierro de Mauricio:

– Mira, la imagen de Patricio y su rosa junto a su madre y su hermano estuvo muy presente en mi vida durante bastantes días. Te confieso con franqueza que me superaba con creces. En algunos momentos de esos días volví a leer el texto completo de la primera bienaventuranza de Mateo. Cuando leía: *felices los pobres de espíritu*, recordaba inmediatamente a Patricio; cuando leía: *porque de ellos es el Reino de los cielos*, me quedaba sin palabra, y también sin imagen alguna. Ciertamente, no era la primera vez que esto me sucedía. En alguna otra ocasión –si te soy sincero, debo decir que, a medida que pasa la vida, se repiten más a menudo esas ocasiones–, me había quedado sin palabra y sin respuesta alguna ante diversas situaciones vitales. Precisamente en dichas situaciones lo que más me gusta hacer es salir al encuentro de la Palabra. No sé bien si a Patricio le gusta hacer lo mismo que a mí; nunca se lo pre-

6. Cf. *El cuadrante* (Introducción a los evangelios. Parte I: La búsqueda), Estella 1996, 120.

gunté. Lo que sí sé es que el gentío al que Jesús dirige sus bienaventuranzas en Mateo es el formado por los que se encontraban mal, aquejados de enfermedades y sufrimientos, endemoniados, lunáticos y paráliticos (Mt 4,24-25; 5,1). De ese gentío forma parte también el bueno de Patricio. Tengo que añadir, además, que, a pesar de que tenía cierta claridad con respecto a lo que te acabo de contar, no sabía muy bien en esos momentos cuál era el mejor modo de salir al encuentro de la Palabra. Tras diversos titubeos, me pareció oportuno invocar a Dios, el rey, como lo habían hecho Moisés y otros muchos profetas del Antiguo Testamento: implorando a Yahvé para que se fuera haciendo verdad y realidad lo que Él más deseaba para su pueblo. Al fin y al cabo, es esta preocupación por conocer a Dios y por conocer lo que Dios quiere hacer con su pueblo lo que mejor caracterizaba a los grandes profetas veterotestamentarios.

En ese momento me detuve un momento, porque necesitaba sacar el pañuelo de mi bolsillo y limpiar de nuevo mis gafas. Sin darse cuenta, Roberto siguió adelante. Inmediatamente le dije:

– Espera un momento, que quiero limpiar mis gafas. En cuanto lo haga, me sigues contando la invocación que hiciste durante tantos días.

– Venga –repuso mirando hacia arriba Roberto–, acércate, que te cuento lo de la invocación. Verás, recordarás muy bien lo que significa que los pobres de espíritu son felices *porque el reino de los cielos es suyo*. Recordarás muy bien que a dichas personas se les llama dichosas porque, como dice el exegeta Jacques Dupont⁷, forman ya parte de un grupo que tiene a Dios por rey, es decir, de un grupo cuyo líder es Dios, el rey justo, que va a hacer triunfar a los desgraciados y dar ventaja a los débiles, pequeños y oprimidos. Y lo va a hacer ya en este mundo, en el que anuncia también a los más desesperados una promesa incondicional y categórica⁸, una promesa esperanzada de que dicho triunfo, es decir, su reinado, será definitivo cuando todos hayamos sido configurados con Cristo, como Cristo y en Cristo. Como ves, el anuncio de Jesús hace referencia a un presente y a un futuro. No conviene disociar ambos aspectos. No conviene tampoco ignorar que el anuncio se hace a las personas que

7. Cf. *El mensaje de las bienaventuranzas* (Cuadernos bíblicos, 24), Estella 1988, 16-18,59-60.

8. Cf. U. Luz, «El evangelio según San Mateo. I»: *BEBi* 74 (Salamanca 1993), 285.

están sufriendo ya penalidades en este mundo, penalidades y padecimientos muy concretos. ¡Qué llamativo y provocador es este mensaje que, como afirma Alessandro Pronzato con palabras de Rinaldo Fabris, *proclama la felicidad a personas que se encuentran en una situación que parece desmentirla...!*⁹

En pocas palabras me había recordado Roberto los aspectos fundamentales de la segunda parte de la primera bienaventuranza de Mateo; en pocas palabras me había presentado la razón por la que Jesús proclama dichosos a los pobres de espíritu. Suponía, sin embargo, que no eran éstas sus últimas palabras de nuestro encuentro; al fin y al cabo, todavía no habíamos llegado al punto con el que íbamos a concluir nuestra conversación de aquella tarde: la invocación de Roberto. Me parece que mi amigo leyó mis pensamientos y suposiciones, porque al instante prosiguió con su relato:

– Estando algunas tardes en mi pequeño apartamento parroquial, y deseando salir al encuentro del Rey de los débiles y abandonados, me imaginé que estaba junto a Patricio, su madre y su hermano. Con ellos invoqué, pausada y silenciosamente, al que había proclamado dichoso a Patricio; le llamé por su nombre (Dios, rey protector de los pequeños), le alabé por ser como es y le pedí por nosotros cuatro, para que Él sea el Rey de Patricio, para que Él sea nuestro Rey. Mi petición estuvo acompañada de la imagen que ha quedado grabada en mi corazón: ante la tumba de su padre, Patricio tenía a su lado a sus nuevos *padres*, a los que ahora se iban a ocupar de él (su madre y su hermano). Con ellos invoqué a nuestro Señor, para que se vaya haciendo ya realidad anticipada eso que sucederá definitivamente *en el último día*: que Patricio, pobre de espíritu, débil y sufrido, está recibiendo ya una especial protección real y divina por medio de Rina y Carlo; que Patricio está recibiendo anticipadamente, en una situación no exenta de límites y sufrimiento, los dones del Rey de los débiles: atención gratuita, cuidado silencioso, dedicación continua y exclusiva.

Una vez más, las palabras de mi buen amigo Roberto me llenaron de sobrecogimiento y respeto. No tenía yo ni mucho que decir ni más que añadir; al fin y al cabo, sus palabras me habían hecho dirigir mi mirada a la Palabra. Por eso me atreví a sugerirle que pusiéramos punto final a nuestro encuentro, invocando precisamente a la

9. Cf. *Sólo tú tienes palabras. Comentarios al evangelio de Mateo*, Salamanca 2001, 68.

Palabra. Nos paramos bajo un gran árbol, nos quedamos brevemente en silencio, y juntos nos dirigimos así al Rey de los débiles:

– Oh, Señor, Rey de los pequeños, sé Tú también nuestro Rey; haz que formemos parte de ese grupo que quiere participar de tus promesas anticipadas de salvación: el grupo de los pobres de espíritu. Oh, defensor de los indefensos, haz que participemos también de la felicidad que te produce llamar felices a Patricio y a tantos pobres de espíritu, y que colaboremos contigo para que tu felicidad eche raíces en nuestra vida cotidiana, tan deseosa de vivir como vives Tú: con gratuidad, con generosidad, con justicia y con paz.

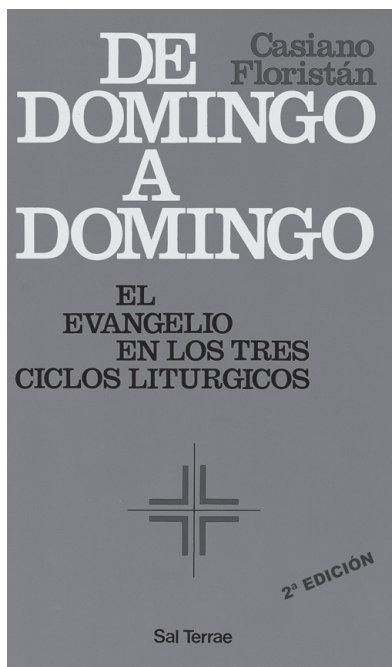
ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77

39080 Santander

ESPAÑA

**NUEVA
EDICIÓN**



A lo largo del año litúrgico en sus tres ciclos, el evangelio del domingo es la clave principal de la vida cristiana, texto imprescindible para la homilía dominical y la meditación semanal. De hecho, nunca se celebró una eucaristía sin proclamar el evangelio. De ahí que, en *De Domingo a Domingo*, el conocido liturgista y pastoralista CASIANO FLORISTÁN se centre en dicho texto evangélico. En su primera parte, desarrolla el contenido del Año Litúrgico como proyecto y guía de la vida cristiana en comunidad.

Y en la segunda parte ofrece reflexiones sobre el evangelio correspondiente a cada uno de los domingos y fiestas de los tres ciclos litúrgicos. Reflexiones que, fundamentadas en una cuidadosa exégesis, destacan un tema principal y concluyen con unos interrogantes para renovar actitudes. Se trata de una importante contribución litúrgica, con un talante profundamente liberador, a la acción pastoral.

336 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 15,38 €

LOS LIBROS

Recensiones

WAARDENBURG, Jacques, *Significados religiosos. Introducción sistemática a la ciencia de las religiones*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 220 pp.

«*Significados religiosos*», de Jacques Waardenburg, se presenta como una introducción sistemática a la ciencia de las religiones. Este nuevo número de la colección «Religiones en Diálogo» nos parece que no va a desmerecer, en cuanto a su interés, con respecto al resto de los otros títulos ya publicados —que abarcan materias tan variadas como la experiencia ética y de Dios de Gandhi, o la revelación en la teología de Paul Tillich.

El autor explica en el prólogo que su intención es establecer algunos pasos para un estudio razonado del fenómeno «religión». Se trata de abordarlo de una manera científica, partiendo de un concepto de religión que se deja «abierto», esto es, revisable según las distintas disciplinas concernidas (la aproximación es interdisciplinar y se hace desde diversas perspectivas).

La obra nace sólo como mero intento introductorio, pero nos parece que, al mostrar las cuatro aproximaciones principales que

emplea la ciencia de las religiones, el lector dispone de un abanico abierto, en el que se describen con rigor las características de los diferentes tipos de investigación. Y parte del interés del presente volumen reside precisamente en el gran número de manuales, monografías y obras de todo tipo que se ponen a disposición del lector. Las referencias son continuas, y la lista de nombres, autores y libros de consulta que se proponen es inmensa.

Desearíamos que la presentación de este trabajo fuera más «amable»; es decir, consideramos que una distribución de los contenidos de tal modo que facilitara la lectura e hiciera ésta más ligera daría mucho más lucimiento a la presente obra. La edición es magnífica, sin errores tipográficos, y se maneja con facilidad, pero no se resaltan debidamente los apartados, subapartados, etc.

El lector podría sentir cierto desánimo ante la magnitud de la tarea iniciada... Sin embargo, el re-

corrido que se hace por campos tan diversos como la filología, la historia, la investigación comparada o la literatura resulta cada vez más ameno, a medida que se va profundizando en el camino comenzado. Finalmente se comprende que, en verdad, la ciencia de las religiones ha adquirido un alto grado de complejidad, y que –como se nos recuerda en el epílogo– iniciarse en este mundo supone aceptar que las investigaciones se realizan al precio de una disciplina intelectual rigurosa.

El balance es muy positivo: se despierta el interés por las distintas interpretaciones religiosas realizadas a lo largo de la historia, y se entiende mejor la meritoria labor

del investigador que trata de estudiar las religiones y lo religioso como *construcciones de sentido*, sabiendo que, en definitiva, la ciencia de las religiones es también una construcción –tal y como admite el propio autor en un epílogo que es probablemente lo mejor de todo el trabajo.

Alegría por la publicación de este nuevo número, y pena al comprobar que han pasado 16 años desde que fuera editado por primera vez en alemán... Así caemos en la cuenta de la necesidad de disponer en lengua española de instrumentos que colaboren a un encuentro con otras tradiciones religiosas.

Fernando Gálligo

SAOÛT, Yves, *¡No escribí el Apocalipsis para asustaros!*, Mensajero, Bilbao 2002, 224 pp.

Yves Saoût se convierte en la voz de Juan de Patmos, el autor del Apocalipsis, para desvelarnos en este libro las claves de lectura de esta obra que tantas interpretaciones ha tenido. El autor se basa en sus experiencias como profesor de Biblia para redactar esta obra, que, a modo de novela, va presentando en primera persona los distintos aspectos a estudiar en el Apocalipsis.

En primer lugar, se presenta el libro, cómo surgió la idea de escribirlo y el punto de partida de su lectura: una ficción en la que «*el mismísimo Juan viene a explicarles el sentido de su obra*».

A partir de aquí, la voz de Juan hila un capítulo tras otro y comien-

za a hablar, actualizando su libro para que un lector del siglo XXI sea capaz de entenderlo. Para ello es necesario conocer quién era el propio Juan; cómo eran las comunidades cristianas de su tiempo a las que dirige el libro y cómo se entendía en ellas el mensaje del Resucitado; cómo el lenguaje y los recursos que utiliza, tan difíciles de entender hoy, pertenecen al género apocalíptico, muy conocido y extendido en su época; cómo maneja las Escrituras y los acontecimientos históricos...

¿Necesitamos claves para entender el Apocalipsis? «*Los lectores de finales del siglo I tenían, ellos mismos, las claves*». Pero hoy

necesitamos claves de lectura para que el libro bíblico no nos asuste y nos invite a ser leído. Buena parte del libro de Saoût ofrece esas claves, que ayudan a entender mejor la obra y a resolver enigmas a los que se han dado muchas vueltas: simbolismo de objetos, cifras y colores, la Bestia, las plagas, los jinetes, los 144.000, la mujer que da a luz... En todas sus explicaciones, Juan de Patmos interpela al lector con preguntas que buscan contrastar las situaciones que recoge en su obra con ejemplos cercanos al lector: la muerte de Óscar Romero, las guerras en Sierra Leona y Chechenia, los Testigos de Jehová, el Jubileo 2000, Amnistía Internacional...

Encontramos en las últimas páginas del libro algunas reflexiones sobre temas aparecidos en el Apocalipsis (por ejemplo, la figura

de Satanás) que han sido releídos en nuestros días con nuevas sensibilidades; esto ofrece nuevas interpretaciones de las claves de lectura.

Para terminar, una reflexión que enlaza el Apocalipsis con el Génesis, un epílogo que ofrece un buen resumen de la obra, y una invitación a permanecer vigilantes y actuar, pues no hay que descansar «con la impresión falaz de que el fin del mundo no llegará nunca».

Por su estilo sencillo y su amena narración, este libro es de fácil lectura tanto para lectores iniciados en el tema como para neófitos. El autor, además, cumple el objetivo que se había propuesto: «*Espero haberos convencido de que no escribí el libro de la Revelación de Jesucristo para dar miedo, sino para dar esperanza*».

Cristina Plaza Fonseca

NEWMAN, John Henry, *Suyo con afecto. Autobiografía epistolar*, Encuentro, Madrid 2002, 512 pp.

«*La vida de una persona está como reposando en sus cartas*»: con esta cita del propio Newman podemos resumir la finalidad de este libro, que es una recopilación detallada y cotidiana de las muchas cartas y epístolas del cardenal inglés. Dada la meticulosidad de Newman con su abundante correspondencia, podemos tener acceso a más de 20.000 escritos suyos. Aquí se hace una selección, buscando que sea Newman el que se presente por sí mismo al lector. El biógrafo, simplemente, indica el marco del tiempo o del espacio, o bien introduce

en la situación —con letra distinta—, dejando que sea Newman el que hable cotidianamente de sí mismo. La vertebración de los materiales es estrictamente cronológica, y los escritos son de estilo epistolar, diarios o apuntes biográficos.

Podemos dividir el libro en tres secciones: «*Cartas y Diarios*» (1815 a 1890), «*Diario*» (1859 a 1879), y un «*Glosario*» con vida propia y que tiene los datos fundamentales de algunas de las personas con las que mantuvo correspondencia y términos frecuentes.

Es un yo cambiante al que acompañamos, bien en la sencilla actividad cotidiana, bien en la constante de una búsqueda personal de lo que Dios ha hecho de su vida —«*Cristo se muestra en el recuerdo*»—. Nos encontramos asomados a la intimidad de un hombre en relación.

Sus escritos reflejan su inteligencia excepcional y la magnitud de su corazón: Newman habla por sí mismo —con distintos interlocutores— y de sí mismo —con distintos niveles de profundidad, siempre afectuoso y entregándose en sus

cartas—. Lo podemos ver en casi todas las facetas de una persona: en una relación formal con Lores, Obispos o directores de periódicos; o podemos asomarnos a la afectuosa relación familiar (entrañable con su hermana pequeña Jemima); o acompañarlo en sus viajes, a través de sus descripciones; o bien dando consejos espirituales; e incluso algunas donde explica la doctrina cristiana.

Podemos decir que, tras leer al cardenal Newman, se nos hace «nuestro con afecto».

Alejandra González Obregón

GREEN, Julien, *Hermano Francisco*, Sal Terrae, Santander 2002, 320 pp.

Algunas palabras del Autor nos dan la clave para empezar este comentario: «Durante días y días he vivido en la compañía maravillosa del hombre que yo siempre más he admirado. En cierta manera, he sentido que él estaba cerca de mí, fraterno y sonriente (...). Él era y sigue siendo (...) de todo el mundo, como el amor que nos es ofrecido sin cesar. No se le podía ver sin amarlo (...) y ese amor nunca ha variado». Y porque esto es así, todos estamos invitados a participar de la pequeña fiesta que es la lectura de estas páginas.

Ciertamente es una buena noticia contar entre las manos con un nuevo libro sobre el siempre sorprendente, seductor y casi inagotable Francisco de Asís. Sí, buena noticia, aunque en este caso este-mos ante la traducción de un origi-

nal francés publicado por primera vez hace casi veinte años.

J. Green —académico francés de reconocido prestigio literario— nos invita a adentrarnos en la historia del Hermano Francisco a través de cuatro etapas. En primer lugar, *Juventud ociosa*, nos presenta al niño y joven Francisco, el «rey de la juventud», alegre, dicharachero, vividor, aspirante soñador a caballero. Seguidamente, en *El loco de Dios*, desarrolla la vida del protagonista a partir de su conversión, de las rupturas con toda su vida anterior y sus primeros gestos de radicalismo evangélico. A continuación —*Frente al mundo*— podemos encontrarnos con el Francisco que cuida leprosos, predica por los caminos, restaura pequeñas iglesias... y empieza a recibir hermanos y hermanas: Clara y sus compañe-

ras. ¡Qué alegría la de esta «primavera franciscana»! Por último, en *Sólo Dios*, nos aproxima a la «pascua de Francisco», sus años finales y sus sufrimientos más hondos, sobre todo las divisiones internas en la Orden y el rechazo de que es objeto por parte de sus hermanos. En el culmen, la serena y gozosa espera de su «hermana muerte».

Este recorrido lo podemos seguir dejándonos conducir, con notable agrado, gracias a la fluidez del estilo del autor y sus minuciosos análisis históricos. Con todo, es una aproximación a Francisco y al franciscanismo que no se libera de ciertos tópicos y que en ocasiones parece estar mediatizada, además, por las preocupaciones personales que definen la trayectoria personal y literaria del académico francés.

Mezcla que da como resultado un tratamiento discutible o insuficiente de temas como el núcleo de la experiencia de fe del protagonista, la forma de abordar el tema de la sensualidad-sexualidad, la relación entre Francisco y Clara, y algunos otros.

Junto a lo anterior, y teniendo presente su género novelístico, merece la pena destacar el gran esfuerzo de documentación realizado por J. Green para acceder tanto a las fuentes originales franciscanas como a las de historia medieval general. La extensa bibliografía que menciona al final da buena prueba de ello, aunque echamos de menos que no se indique cuáles de dichas obras están traducidas al español.

M^a Ángeles Gómez-Limón

GONZÁLEZ BUELTA, Benjamín, *Orar en un mundo roto*, Sal Terrae, Santander 2002, 240 pp.

Más que ante un libro de lectura continuada, nos encontramos ante un compañero de camino para un proceso espiritual que quiera encontrarse con Dios en medio de este mundo roto que nos rodea. Ese proceso espiritual está iluminado por la experiencia de Jesús en el monte Tabor. La Transfiguración de Jesús en medio de sus miedos, dudas, toma de decisiones, fue una confirmación, por parte de su Padre, de su subida a Jerusalén a encontrarse con un mundo lleno de contradicciones y fuerzas opuestas; ese mismo mundo con el que nosotros nos encontramos hoy, y por eso

la Transfiguración se nos presenta como una vivencia muy necesaria para nosotros. Es el mismo camino que presenta la experiencia de los Ejercicios Espirituales de Ignacio.

Al igual que Jesús estaba rodeado por los más diversos espíritus, que le presentaban distintos caminos, así también nuestro mundo nos presenta muchas fuerzas que tiran de nosotros rompiéndonos por dentro; sobre todo, aquellas que nos hablan de heridas personales, de un mundo lleno de injusticias, de gente muriéndose de hambre... Y la Transfiguración como itinerario espiritual es una invitación a no

desviarnos de nuestro compromiso con esta realidad, a no mirarla con temor, sino con amor, con pasión, hasta descubrir que Dios, que habita en ella, nos envía para ser sus testigos.

Jesús subió al Tabor a orar con su Padre, y ésa es la condición necesaria para poder nosotros vivir nuestra realidad desde la presencia de Dios. El encuentro gratuito con Dios es el centro de nuestra existencia, que nos permitirá vivir integrando todo lo que nos rodea: una integración interior de nuestros deseos, afectos, pensamientos... y una integración exterior con todos los hombres, la naturaleza, la histo-

ria. Ponernos en búsqueda de Dios es iniciar el camino que Él ya ha iniciado hacia nosotros, es salirle al encuentro en cada hombre, comunidad y realidad de nuestro mundo, para entre todos construir su Reino; y salirle al encuentro en compañía de otros hombres que también se han encontrado con Dios y son nuestros compañeros de camino.

Todo el libro es una invitación a estar atentos a nuestro mundo y mirarlo con una mirada apasionada para descubrir en él la presencia, a veces muy oculta para nosotros, del Dios del amor.

Benigno Álvarez Lago

GUARDINI, Romano, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la obra de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2002, 708 pp.

El Señor es la obra más conocida del teólogo italo-germánico Romano Guardini (Verona 1885 – Munich 1968); de hecho, fue un verdadero *best-seller* de la literatura religiosa del siglo XX. Es también, junto con el comentario a Hölderlin, la obra que más apreciaba Guardini.

El original alemán es de 1937. La Editorial Rialp publicó en 1954 una traducción de Francisca Palau-Ribes que –si no estoy equivocado– alcanzó seis ediciones, la última en 1965. Ediciones Cristiandad nos ofrece ahora una nueva traducción, bastante más elegante, llevada a cabo por Dionisio Mínguez. También la presentación es notablemente mejor (hermosa encuadernación en tela, buen papel...).

El origen de esta obra fueron las homilías pronunciadas los domingos en la iglesia berlinesa de San Benito a lo largo de cuatro años. Desde el punto de vista teológico, se le ha reprochado ignorar completamente los métodos históricos-críticos. Seguramente Guardini no los dominaba, y, desde luego, congeniaban poco con su talante espiritual. Él prefería abrirse de forma sencilla y acogedora a la interpelación de los evangelios.

Podríamos decir que los análisis que hace de los textos bíblicos son «meditaciones», y así lo afirma el subtítulo de la obra. «Nuestras meditaciones –escribe en un momento determinado– no pretenden decir nada “nuevo” sobre

Jesucristo. No aportan ni una nueva aclaración histórica ni una nueva enseñanza teológica. A nosotros no nos importa lo nuevo, sino lo eterno» (p. 219).

Un libro, en definitiva, que brotó del silencio contemplativo y debe ser leído con la misma actitud.

Luis González-Carvajal

NAVARRO, M^a Ángeles, *La eucaristía. Origen, doctrina, celebración y vida*, PPC, Madrid 2002, 132 pp.

La colección «Cruce», heredera lejana de aquellos famosos «Folleto PPC» que tan útiles fueron para la formación cristiana entre 1955 y 1970, publica su número 10, dedicado a la eucaristía y escrito por quien ha sido hasta ahora profesora de Liturgia de la Facultad de Teología de Comillas. Como los títulos anteriores, se caracteriza por la brevedad, la divulgación seria y la presentación agradable.

El primer capítulo explica los orígenes de la eucaristía en las comidas de Jesús, especialmente en la última cena, así como su evolución durante los primeros siglos. El segundo capítulo, que es el más largo del libro, desarrolla la teología de la eucaristía: relación con la resurrección, memorial del sacrificio de Jesús, presencia de Cristo en el sacramento, diferencias entre las distintas iglesias cristianas, etc. El

tercer capítulo explica la liturgia de la celebración eucarística. El libro termina con unas brevísimas consideraciones sobre la eucaristía en la vida del cristiano.

En conjunto, es una síntesis muy sencilla y bien conseguida. Únicamente las páginas dedicadas a las controversias teológicas –tema que la autora conoce bien, porque fue el de su tesis doctoral– me temo que resultarán difíciles de entender para el tipo de lectores a que va destinada esta colección. Seguramente, muchos en ese momento se perderán un poco. Quiero resaltar las 20 páginas dedicadas a explicar la liturgia eucarística según el Misal Romano de Pablo VI, llenas de acertadas sugerencias que podrían mejorar mucho la calidad de nuestras celebraciones.

Luis González-Carvajal

MALDONADO, Luis, *Liturgia, arte, belleza. Teología y estética*, San Pablo, Madrid 2002, 200 pp.

Hay dos vacíos que Luis Maldonado pretende llenar con este libro; y podemos afirmar que, tras su lectura, dicho objetivo queda cumplido con creces:

Por un lado, las celebraciones litúrgicas caen muchas veces en el descuido de unas formas que deberían resultar expresivas y evocadoras, con lo que se degenera en cele-

braciones que resultan vulgares y prosaicas; siendo esta idea algo que muchos creyentes confirmarían y una de las causas del alejamiento de la praxis dominical.

El otro vacío consiste en la falta de reflexión teológica sobre la relación entre fe y arte. Maldonado nos hace caer en la cuenta, no sólo de que la belleza y el arte llevan a muchas personas hacia Dios, sino también de que la estética y la ética van de la mano.

Su reflexión la elabora sobre la base de los grandes pensadores que han dedicado su esfuerzo a reflexionar sobre estos temas (R.Guardini, H.U. von Balthasar, Th. Adorno, G. Steiner, etc.). Tras la presentación de estos pensadores, ya se puede observar que el libro no está escrito en un estilo divulga-

tivo, aunque tampoco se trata de una obra erudita, llena de datos, o histórica, sino que se trata de un ensayo con un claro matiz personal, lo que lo convierte en un libro original, especialmente el capítulo dedicado a teatro y liturgia, siendo ésta la característica más destacable, pues nos movemos en un ámbito en el que se encuentran muchas obras en plan recetario o muy enciclopédicas para reactivar la liturgia; pero lo que hace falta son este tipo de libros elaborados por un autor que, siendo conocedor de todos los datos, los utiliza para ofrecer una reflexión personal que hace pensar al lector y, por tanto, ayuda al creyente a vivir las celebraciones de una forma más auténtica.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

BLÁZQUEZ, Ricardo – SOLER, Josep M. – GONZÁLEZ DE CARDAL, Olegario, *El obispo en la Iglesia. Una meditación*, San Pablo, Madrid, 2002 230 pp.

Este libro se compone de tres ponencias que se expusieron con motivo de la celebración de los veinticinco años de servicio episcopal del actual arzobispo de Madrid. El objetivo del libro consiste en presentar una reflexión sobre los diversos aspectos de la misión y servicio del obispo a la Iglesia y al mundo.

En la primera parte, el obispo de Bilbao, Ricardo Blázquez, trata el tema de la ordenación episcopal como fundamento de las relaciones entre obispos y presbíteros. Con algunas páginas cargadas de deta-

lles técnicos, se puede resumir diciendo que, después del Vaticano II, obispo y presbíteros son servidores de la palabra de Dios, de los sacramentos y de la caridad.

En la segunda parte, el abad del monasterio de Montserrat, Josep M^a Soler, nos habla del episcopado como servicio a la vida consagrada en clave de diálogo y comunión.

Por último, la tercera parte es desarrollada por el teólogo Olegario González de Cardedal, constituyendo todo un ensayo sobre la vocación y función del obispo en la Iglesia actual. Los primeros capítu-

los constituyen una teología del episcopado que se presenta de manera sintética y clarificadora. Pero quizá la parte más interesante la constituye la dedicada a interpretar la realidad social de la Iglesia en España y el papel a desempeñar por el laico.

Para Olegario, la Iglesia española ha ido actualizando caminos en su dimensión interior; pero no ha ocurrido lo mismo en su dimensión exterior, en su comunicación con la sociedad, la cultura y la política. Ésta es la causa de que aún no se haya encontrado el lugar de los seculares en la Iglesia. Olegario, consciente de la construcción social de la realidad, advierte sobre la falta —o la afonía total— de portavoces eclesiales con resonancia en la sociedad. A falta de ello, los cristianos acaban conformándose a sí mismos a la luz de la comprensión no cristiana de lo cristiano: «Las convicciones nacen fuera y se imponen al sujeto, hasta el punto

de que son el peso, crédito y poder social los que al final otorgan verdad a una afirmación, proyecto o institución. Por ello, una Iglesia que no es noticia no es presencia; y una iglesia que no adquiere presencia pública es difícilmente creíble y queda relegada a secta, grupo insignificante o curiosidad esotérica». ¿Cómo se puede explicar que, ante determinados problemas sociales que han afectado a la imagen de la iglesia española, como «Gescartera» o el tema del terrorismo, no hayan aparecido voces de católicos profesionalmente cualificados en el tema específico? Sólo aparece la voz de los obispos. Se trata de ejemplos que muestran la ausencia de comunicación entre la Iglesia y la sociedad. Las reflexiones del lúcido teólogo resultan imprescindibles a la hora de abordar el tema de la relación entre Iglesia y sociedad actual.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

SECRETARIADO CATEQUÍSTICO DE LA DIÓCESIS DE VERONA, *Itinerario de Catequesis para adultos*, Sal Terrae, Santander 2002, 10 volúmenes.

«La serie “Itinerarios de catequesis para adultos”, preparada por el Equipo para la Catequesis de Adultos de la diócesis de Verona, se propone ayudar a los adultos a recorrer un itinerario bíblico que toque los puntos fundamentales de la experiencia cristiana. De esta manera, el adulto se ve llevado a repasar todo el mensaje cristiano a partir de la palabra de Dios, fuente

y norma de la fe y la vida eclesial»: así se presenta, ya en el primer volumen, esta Catequesis Bíblica para adultos, fruto de una experiencia concreta llevada a cabo por las parroquias de aquella diócesis.

Lo primero que llama la atención en esta serie es, precisamente, la serie: nada menos que 10 volúmenes. Pero hay que atender a la estructura interna de cada uno de

ellos para caer en la cuenta de que el espacio dedicado a la materialidad concreta de tal catequesis sólo ocupa una tercera parte de cada volumen, dividido en dos partes, la primera de las cuales «*está pensada para provocar la meditación personal*», y sólo la segunda ofrece «*algunas pistas preciosas para organizar uno o varios encuentros de catequesis sobre los textos bíblicos analizados*».

El recorrido realizado a lo largo de estas 10 propuestas catequéticas comienza planteando, a través de siete encuentros con Jesús, la fe como relación personal con el Señor, que quiere superar una fe rutinaria o moralista (Volumen 1: «*Hemos encontrado a Jesús*»); el segundo volumen («*Sed perfectos como vuestro Padre*») plantea la posibilidad de vivir a fondo lo encontrado descubriendo las exigencias que brotan del don y compromiso de Dios con los hombres desde el camino que hizo Jesús de Nazaret; pero es necesario superar caricaturas moralistas o legalistas de Dios para llegar a una relación con Él basada en la libertad y la gratuidad, para lo cual pueden ayudarnos las parábolas con las que Jesús quiso transmitirnos el verdadero rostro de Dios (Volumen 3: «*Parábolas de vida*»); de esta manera, entramos en el camino del seguimiento a que nos llama Jesús cuando anuncia, desde el comienzo de su vida pública, el Reino de Dios, tal como lo relata el evangelio de Marcos (Volumen 4: «*La novedad del evangelio*»); pero es imposible concebir este seguimien-

to sin la experiencia profunda de la oración, tal como nos lo enseñó Jesús: en el Padre Nuestro se encierra la quintaesencia del mensaje y la vida cristiana (Volumen 5: «*Vivir como hijos*»); el evangelio de Marcos nos lleva hasta la cruz (Volumen 6: «*Por el camino del crucificado*») y la resurrección (Volumen 7: «*¡Es verdad: el Señor ha resucitado!*»); en este itinerario catequético bíblico ya sólo queda la referencia a la Iglesia que nace del Espíritu desde la experiencia de la Pascua (Volumen 8: «*En la fuerza del Espíritu*») y que se realiza en comunión de carismas y ministerios (Volumen 9: «*Una Iglesia que sirve*»), en cuyo seno aprendemos a vivir la vida cristiana en plenitud, guiados por ese mismo Espíritu (Volumen 10: «*He aquí que todo lo hago nuevo*»).

Tras una Introducción general, el contenido de la *primera parte*, dedicado a la meditación personal del catequista y que ocupa el mayor número de páginas de cada volumen, se estructura de la siguiente manera: 1) Oración introductoria. 2) El texto del evangelio (a: estructura; b: el texto estructurado; c: explicación; d: sugerencia para su actualización). 3) Oración final.

La *segunda parte*, ya completamente práctica, comienza con una presentación metodológica y ofrece después las pistas para varios encuentros: una «*fórmula larga*» (2 encuentros), una «*fórmula breve*» (1 encuentro) y otra fórmula en *tres encuentros*. En las tres modalidades se presenta el mismo esquema de trabajo, a realizar en uno, dos o

tres días, según el modelo por el que se haya optado: una *fase proyectiva* (lectura del texto y el dibujo y primera reacción: ideas e interrogantes); otra *fase de análisis* (se ofrece una ficha para un pre-análisis y el análisis como tal a cargo de un experto o del mismo catequista, que lo ha profundizado previamente a nivel personal); y, finalmente, una última fase de *apropiación o actualización*, que ayuda a interiorizar y personalizar el texto del evangelio mediante diversas técnicas.

En el Volumen 4, en el que se invita al catequizando a acoger con gozo el anuncio del reino de Dios que hizo Jesús, se dice expresamente a quién está destinado este itinerario de catequesis bíblica: «*Se trata de un recorrido adecuado tanto para los que han prestado ya su adhesión inicial a la fe (o la viven explícitamente en la comunidad eclesial) como para los que desean acercarse por primera vez al anuncio cristiano (itinerario catecumenal), o bien desean descubrir de nuevo una fe que se quedó en un nivel infantil y que luego, de hecho, fue abandonada*». En este sentido, se trata de un itinerario catequético apto para todas las formas de catequesis de adultos, pero desde una perspectiva bíblica, centrada en el Nuevo Testamento y, por tanto, esencialmente cristológica.

En cuanto al método, como se indica en la Introducción de la segunda parte, intenta evitar dos peligros: el de atarse a un estilo meramente expositivo (que reduzca la catequesis a una teología simplificada y quede lejos de la vivencia de las personas) y el de reducirse a una animación de los adultos (que favorezca notablemente la participación, pero no ofrezca contenidos y significados nuevos que les permitan progresar en la fe). La originalidad de esta propuesta radica en el equilibrio entre contenido y método, que permite a la Palabra resonar en el interior de las personas como una respuesta a sus propias preguntas.

A pesar de ser un itinerario catequético pensado desde las coordenadas de la catequesis italiana (Documento *Il Rinnovamento della catechesi*, de la Conferencia Episcopal Italiana), su contenido y metodología se adapta perfectamente a los Documentos que la Conferencia Episcopal Española ha dedicado a la Catequesis de Adultos, a la Iniciación Cristiana y al Catecumenado, y resulta un material extraordinariamente oportuno para el momento catequético en que nos encontramos, centrado en el Catecumenado y en la Catequesis de Adultos.

José Luis Saborido

A NUESTROS SUSCRIPTORES DE ESPAÑA:

Si Usted no ha efectuado aún el pago correspondiente a la suscripción de cualquiera de nuestras revistas para el año 2003

(*SAL TERRAE*: 33,50 , IVA incluido;

HOMILÉTICA: 30,90 , IVA incluido;

CATEQUÉTICA: 22,50 , IVA incluido),

puede hacerlo ya por medio de GIRO POSTAL, o bien por medio de CHEQUE A NUESTRO NOMBRE, debiendo indicarnos en cualquier caso, para mayor seguridad en su aplicación, su NÚMERO DE CLIENTE.

De no hacerlo Usted antes del 1 de marzo, le rogamos que a partir de esa fecha no nos lo envíe y espere a recibir el REEMBOLSO que procederemos a cursarle durante dicho mes.

Enviando antes el importe, aparte de evitar un trabajo a esta administración, se ahorrará Usted los gastos del reembolso, por los que tendríamos que cargarle la cantidad de 1,80 .

Por otra parte, si tiene Usted DOMICILIADO EL PAGO A TRAVÉS DE UNA ENTIDAD BANCARIA, le rogamos que espere a recibir la letra que giraremos por esa misma fecha.

Muchas gracias.

EDITORIAL SAL TERRAE
Dpto. de Suscripciones

sal terrae

Revista
de teología pastoral



Enero 2003
Tomo 91/1 (n. 1.063)

Educación la interioridad

Josep OTÓN

*El crecimiento interior desde
la perspectiva de la afectividad*

Joan M^a BOVET BALLÚS

Accesos a la interioridad

Xavier MELLONI, SJ

*Talleres de interioridad:
una propuesta pastoral*

E. ANDRÉS – J. OSÚA – J. OTÓN

* * *

Desarrollo, participación y cooperación

Jorge CELA («Entreculturas»)

* * *

LAS BIENAVENTURANZAS

*1. Patricio, una rosa
y la primera bienaventuranza*

Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO



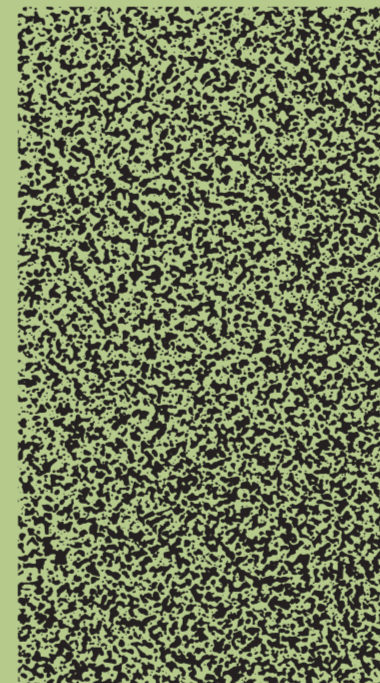
9 778402 114564

EDUCAR LA INTERIORIDAD

SAL TERRAE Enero 2003 – Tomo 91/1 (n. 1.063)

sal
terrae

REVISTA DE TEOLOGÍA PASTORAL



Educación la interioridad

**Adentrarse en las sendas
de lo desconocido**

Enero 2003

sal terrae



Revista
de teología pastoral

DIRECTOR:

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ
Universidad Comillas, 3 / E-28049 Madrid
Tfno.: 00-34-626 485 352 / Fax: 00-34-917 344 570
E-mail: revistast@salterrae.es

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Dolores Aleixandre - Cipriano Díaz Marcos
Jesús García Herrero - Ana García-Mina
Pedro José Gómez - Luis González-Carvajal
Juan Antonio Guerrero

COLABORADORES HABITUALES:

Rafael Aguirre - Jesús M^a Alemany - Lola Arrieta
Adela Cortina - José M^a Fernández-Martos
Joaquín García Roca - José A. García Rodríguez
José A. García-Monge - Isabel Gómez Acebo
José I. González Faus - Eduardo López Azpitarte
Luis López Yarto - José M^a Mardones
Juan Martín Velasco - Javier Martínez Cortés
Xavier Melloni - José A. Pagola - Josep M^a Rovira
Jon Sobrino - María Tabuyo - Andrés Tornos
A. Torres Queiruga - Manuel de Unciti - Gabino Urbarri
Marciano Vidal - Javier Vitoria - Josep Vives

ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD:

Apartado 77 / 39080 Santander
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201
Horario: Lunes-Viernes, de 8 a 15 h.
E-mail: salterrae@salterrae.es

SUSCRIPCIÓN PARA EL 2003:

España: 33,50 € (IVA incl.)
Extranjero (ordinario): US \$ 52
Extranjero (aéreo) Europa: 64,50
Otros países (aéreo): US \$ 67

EDITA:

Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos. 14-I / 39600 Maliaño (Cantabria)
ISSN: 1138 - 1094
Dep. Legal: BI-126-1995

Fotocomposición: Sal Terrae - Santander
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. - Bilbao

nuestro número
de febrero

**A VUELTAS
CON LA SECULARIZACIÓN**

Secularización como diferenciación
de las esferas profanas respecto de la religión
Agustín Domingo Moratalla

Secularización como paulatino declive
de la religión
José María Mardones

Secularización como reclusión de la religión
en la vida privada
Julio Martínez

Secularización como mundanización
de las Iglesias
Augusto Hortal

* * *

LAS BIENAVENTURANZAS:
2. Bienaventurados los afligidos,
porque ellos serán consolados
Rafael Aguirre Monasterio